

MEMORIAS DE UNA MÁQUINA

CLARK CARRADOS

Memorias de una máquina

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/065

A mi buen amigo y colega Law Space.

Todos los «robots» no son necesariamente malos ni tiranos. También los hay buenos y simpáticos, como Kabé, el protagonista de esta historia…, a quien no le desagrada hasta hacer un poco de Cupido.

CLARK CARRADOS

CAPÍTULO PRIMERO

SOY UNA MÁQUINA

Así como la más perfecta obra del Creador es el hombre, yo soy la más perfecta obra del hombre.

Pero mi creación no ha sido obra de un instante, sino más bien de unos pocos siglos. Desde los primitivos y rudimentarios «robost» construidos en los albores del siglo XX hasta mí, hay tanta diferencia como en el avión de los hermanos Wright y el cohete astronáutico capaz de recorrer todo el Sistema Solar, haciendo paradas en todos los planetas y todos sus satélites, sin necesidad de repostarse.

Naturalmente, la pregunta lógica que surge después de leer las líneas que anteceden es la siguiente: ¿Hay una máquina capaz de escribir sus digamos memorias?

Ya es sabido que las calculadoras poseen cierta memoria, que les permite rectificar ciertos datos equivocados, pero hasta ahora no hay ninguna capaz de escribir lo que le ha sucedido.

¿Es posible que una máquina sea capaz de hacer lo que hacen los escritores? ¿Puede una máquina pensar, raciocinar, estudiar, discurrir un argumento y, en definitiva, componer y luego escribir algo que se parezca a una novela?

A algunos esto les parecerá imposible. Otros, en cambio, conociendo los adelantos de la electrónica hoy día, dirán que sí, pero dentro de ciertas limitaciones, como por ejemplo, que se le facilite el tema a desarrollar. No faltará quien piense que todo esto es una solemne tontería y que solamente los cerebros de tipo humano son capaces de hacer tal cosa. En cambio, es factible que abunden los entusiastas de la idea y que sostengan que una máquina, en nuestra época, es capaz de todo, por inverosímil que pueda parecer.

Sin embargo, lo que todos, sin excepción, creo yo, pensarán es que dicha máquina ha de tener la forma convencional de las calculadoras, es decir, una especie de cajón metálico, de tamaño variable según las circunstancias, cuya fachada está más o menos llena de esferas, interruptores, diales, indicadores y conmutadores, lleno dicho cajón, en su interior, de miles y miles de pequeñas y grandes válvulas, unido todo por una infinita red de cables y conexiones. Ah, y en el exterior, que se vean numerosas lamparitas multicolores, encendiéndose y apagándose con un ritmo enloquecedor, como si fueran los anuncios luminosos de Times Square a la caída de la tarde.

Pero mi aspecto está lejos, muy lejos, de tener el que acabo de describir. Exteriormente, soy un humano. Yo soy una máquina que anda.

Además de la facultad de pensar y raciocinar lo suficiente para escribir

mis memorias, gozo de la facultad de la locomoción.

¡Toma!, se dirá algún avispado lector, eso ya se hacía desde siglos antes. Había «robots» que contestaban a las preguntas que se les hacían y caminaban en el sentido que le indicaban las órdenes recibidas por impulsos radiales, generalmente de alta frecuencia. Pero, aunque simulaban andar, no lo hacían en realidad, sino más bien se deslizaban por el suelo, con unas desgarbadas zancadas que más provocaban risa que admiración, o bien rodando merced a unas ruedas o esferillas colocadas bajo sus «zapatos».

¿Podría alguno de aquellos anticuados y antiestéticos «robots» andar, correr, saltar, jugar al tenis, nadar y, en fin, practicar casi todos los deportes, excepto los más violentos?

Yo sí. Yo puedo hacer tales cosas, porque estoy facultado para ello y mucho más. Tengo una cantidad enorme de facultades, cuya enumeración sería más que inacabable, engorrosísima, y algunas de las cuales se verán en el decurso de esta historia. La de escribirla no es la más asombrosa de todas, pero me parece que el exordio se está haciendo yo un poco largo y lo mejor será entrar en materia cuanto antes.

* * *

Yo soy una máquina. Ya lo dije antes. Tengo una filiación, que viene a ser lo que el nombre y apellido para los humanos. K.B. 000 459-3D5, pero los íntimos me llaman Kabé, lo cual no deja de ser una corrupción de las iniciales con que empieza mi «nombre».

Veamos mi aspecto, el humano, por supuesto. Pertenezco al sexo masculino y soy un buen mozo, Mis ojos son moderadamente azules, y mi cabello es castaño. Mido aproximadamente uno ochenta, el peso no interesa, y si alguno no sabe que soy uh «robot», piensa que tengo unos veinticinco años, poco más o menos. ...

Corrientemente visto una camisa de manga corta y unos «shorts», calzando unas sandalias de modesta apariencia. Sin embargo, y en ocasiones, mi indumentaria ha de adaptarse a las inclemencias atmosféricas, sobre todo cuando llueve o cuando nieva. Incluso necesito trajes de vacío en el espacio, porque la feroz, temperatura que reina «allá afuera» congela la grasa que lubrica mis mecanismos y

esto me impediría el menor movimiento. Mis mecanismos han de protegerse en todo lo posible, de lo contrario me convertiría en un montón de chatarra y plástico. Claro es que un baño o un chaparrón no me afectan, pero a la larga, acabaría por notarse.

¿Mi piel? Sí, ésa es la palabra exacta. Podrá ser de plástico y todo lo que se quiera, pero no hay forma de diferenciarla de la piel humana, ni tan siquiera en su temperatura externa, la cual es motivada por el incesante funcionamiento de mis órganos externos. Mi color es ligeramente tostado, y no es por alabarme, pero resulta muy atractivo.

Esto es lo que hace que no me diferencia en modo alguno de los humanos. Podría pasar por uno de ellos si no fuera por el minúsculo tatuaje que llevo debajo y un poco detrás de la oreja izquierda, y en el cual está grabado el número que me corresponde. Así, pues, cuando me enfrento con un humano, lo primero que éste hace es echarme un vistazo a la oreja. Es nuestra señal de nacimiento, lo mismo que el ombligo en los humanes, Un «robot» nace y muere con su número tatuado, y este número no vuelve a usarse jamás.

Nada me ocurre en mis relaciones con los humanos, porque ya se han acostumbrado a mí. Aunque mejor estaría decir a nosotros, pero esto necesita, una pequeña explicación.

Desde tiempo inmemorial, el hombre ha sentido una cierta aversión hacia las máquinas. Generalmente las ha elogiado hasta la saciedad, pero en el fondo de su alma ha conservado siempre un temor subconsciente hacia nosotros. Dicho en dos palabras, temió siempre que acabáramos dominándolo, haciéndonos dueños de su mundo.

¿Es este nuestro propósito? ¿Acaso una máquina, a fin de cuentas, creada por el hombre, puede dominar a éste? ¿No ha sido creada, concebida y construida para su alivio, comodidad y descanso, con el fin general de procurarse una vida más fácil?

Mejor será, por ahora, no divagar y continuar la narración. Estas memorias mías no son un abstracto tratado de filosofía más o menos empírica, sino unas memorias precisamente, lo cual quiere decir: narración. Sin que de ella trate, de extraer grandes conclusiones, sin formular juicios, sin otra intención que no sea la de contar todo lo ocurrido.

* * *

Ya he dicho que los íntimos me llaman Kabé. La verdad es que tengo muy pocos íntimos. Uno de ellos es el profesor Lars Crandon,

Yo estoy al servicio del profesor Crandon. No más allá de un par de cientos de años, Crandon habría necesitado un ayudante humano. Ahora me tiene a mí,

Mi ventaja sobre un congénere del profesor, es que yo no necesito sueldo ni comida, soy discreto y, si no me dan pie, no me entremeto en la conversación. Claro es que puedo hablar sin que me pregunten, pero, por regla general, no lo hago sino cuando Crandon y yo estamos a solas.

Lars Crandon es astrónomo y uno de los mejores en su especialidad. Asombra pensar lo alto que ha llegado el profesor, pese a su juventud, apenas treinta años. Cuando los visitantes se encuentran frente a él, le creen que es campeón de algún deporte —y se da muy buena maña para la mayoría de ellos, aún más que yo— en lugar de un fenómeno de su especialidad científica. En mi humilde opinión, si se hubiera dedicado al cine o a la T.V., se hubiera forrado de millones, en lagar de ganar unos cuantos centenares de «garants»[1] por mes. Pero siempre tiene que haber chiflados en este mundo, ¿no es verdad?

Normalmente, nuestro destino, está en el Observatorio de Monte Hadley, en la cadena de los Apeninos, en la Luna. Los Observatorios terrestres hace tiempo que fueron descartados. La capa atmosférica es un terrible obstáculo para el estudio del firmamento a través de un telescopio y todos ellos están instalados bien en las Bases Orbitales que rodean nuestro planeta y desde las cuales se emprenden los viajes interplanetarios, o bien en los mundos carentes de una atmósfera exterior. De este modo, la Astronomía ha hecho unos progresos enormes en un corto espacio de tiempo.

Por regla general, Crandon y yo estamos solos en el Monte Hadley. Para el buen funcionamiento del observatorio, nos bastamos él, yo y las máquinas auxiliares que lo hacen todo. A pesar de su exterior simpático y juvenil, Crandon es un tanto introvertido y no le importa tirarse temporadas enteras en la Luna, solo, aislado, sin otra diversión que alguna escapada a alguna de las ciudades bajo cúpulas transparentes de nuestro satélite o a la Tierra. Sin embargo, lo corriente es que entre escapada y escapada, medien varios meses, cuando no un año.

Últimamente, llevaba ya ocho meses sin salir de allí. Una vez acabada su tarea, y después de comer, se tumbaba en un diván, contemplando el último programa lunar de televisión o, si los retransmitidos desde la Tierra eran más atractivos, uno de éstos. Yo, ya lo he dicho, soy una máquina, pero hay cosas que no acabo de comprender.

Aquel día estaba preparándole la cena. En tanto que las azuladas espirales de humo de su cigarrillo se esfumaban en el aire a presión de la cámara, amplia, con pocos pero bien elegidos muebles, con una agradable decoración, yo iba de un lado a otro disponiéndolo todo para el cotidiano yantar de mi jefe. Crandon permanecía silencioso, contemplando el humo de su cigarrillo, sin ni siquiera conceder una ojeada al maravilloso panorama lunar que desde aquel punto se divisaba.

Me permití un carraspeo. Crandon y yo llevábamos ya tanto tiempo juntos que habíamos llegado a conocernos muy bien. Sin moverse de su postura, me preguntó:

—¿Te ocurre algo, Kabé?

—Pues… sí y no, jefe —le contesté.

Acabé de mezclar los licores y le llevé un Luna Azul. Crandon lo paladeó, chasqueando la lengua, complacido.

—Muy bueno, Kabé. ¿Qué es ello?

—Mire, jefe, soy de la opinión de que debiera usted tomarse unas vacaciones.

—¿Unas vacaciones? ¿Y por qué, Kabé?

—Usted lleva demasiado tiempo encerrado en este agujero, patrón. Es joven, no ha llegado aún a los treinta años y lleva una vida de ermitaño. En su pellejo yo pediría un descanso, que tiene más que merecido, y me largaría a la Tierra a pulverizar todos esos cheques de paga que tiene usted abandonados por ahí. El otro día estuve haciendo un recuento de sus posibilidades económicas.

—¿Sí? —sonrió Crandon—. Yo te creía mi ayudante, pero no mi administrador.

Conecté el circuito de los suspiros y emití el adecuado al caso.

—Si la válvula de la memoria no me falla, jefe, tiene usted ahí cerca

de seis mil «garants». ¿Se ha detenido acaso a pensar lo que dan seis mil «garants» de sí? Capri, Cannes, Mallorca, la Costa Brava... en fin, ¿para qué seguir? Usted es humano y tiene mejor comprensión que yo acerca de estas cosas.

—Pero si estoy aquí la mar de bien, Kabé —protestó Crandon.

—¿Y su salud, qué? Mire, jefe, yo soy una máquina y sé hasta dónde podemos llegar. Usted ya se toma su cupo de sol, con lámparas ultravioletas y cosas por el estilo, pero donde esté el sol en una playa, oliendo a brisa marina, escuchando el rumor de las olas acariciando la arena...

—¡Romántico estás, Kabé! —rio de buena gana el profesor.

—Es la pura, verdad —refunfuñé—. Se va a podrir aquí, jefe. Tómese seis meses y vaya a divertirse mientras tanto. Aprovéchese un poco, hombre; de lo contrario va a llegar a la edad del arruguen de pellejos sin saber siquiera qué es...

Me interrumpí. En la vecina estancia, donde estaban los aparatos de recepción y transmisión, así como la inmensa mayoría de las calculadoras y computadoras, acababa de escucharse el ruidito característico que indicaba la llamada de alguien.

—Voy a ver, jefe —murmuré, echando a andar.

Vagamente me di cuenta de que Crandon me seguía.

Me acerqué al receptor. Oprimí un interruptor y al instante se iluminó una pantalla deslustrada. Una serie de letras, formando primero sílabas, después palabras y luego frases enteras, comenzó a aparecer. Tuve que reprimir el circuito del asombro para que no se me desmandara al captar lo que decía el mensaje.

El texto era el siguiente:

> *¿Acepta misión patrulla por espacio exterior Sistema tratar de localizar Décimo Planeta? Hay indicios razonables de su existencia. Deseamos hallarlo de una vez o convencernos de su inexistencia. Rogamos pronta contestación. Máximo tiempo una semana.*

Crandon empezó a bailar.

—¡El Décimo Planeta! —gritó alegremente—. Y yo voy a salir en su busca. ¡Viva, viva!

Lo miré con aire de reprobación.

—Habíamos quedado en que una playa...

—Habías quedado tú, Kabé; yo aún no había decidido nada. Contesta que sí, que me sobra la semana de tiempo que me dan.

—Pero, jefe... Su salud, sus vacaciones...

—Estoy fuerte, Kabé y mis vacaciones pueden esperar. ¿Crees que no me agradaría hallar, ¡al fin!, ese maldito Décimo Planeta, cuya existencia, hasta ahora, es supuesta, pero no comprobada? ¿Te das cuenta del descubrimiento tan sensacional que sería? Después de Colón...

—Después de Colón, usted, jefe —mascullé, dándole al interruptor de respuesta. De mala gana coloqué un sí como una casa.

Un instante después vino otro mensaje.

> *Astronave «Santa Fe» partirá inmediatamente esté alistada. Embarcará con ayudante K. B. 000459-3D5 en astropuerto Cabo Laplace. Piloto astronave será su segundo ayudante, quien llevará instrucciones reservadas. Identifíquelo convenientemente y no acepte otro bajo ningún pretexto. Numeración piloto es E. V. A. 200009874-FX2. Agradecemos aceptación y le deseamos éxito completo misión encomendada fin.*

Durante unos momentos el silencio más absoluto reinó en la estancia.

Luego me arriesgué a hablar.

—Más que una expedición científica, esto parece una misión de guerra, jefe.

—¿Por qué lo dices, Kabé?

—¿Se da cuenta de lo que dice el mensaje? —yo ya tenía la copia del mismo, obtenida automáticamente, en fotostato, por el receptor—. Instrucciones reservadas, conveniente identificación, no aceptar otro piloto y le desean éxito en la misión. ¿Qué diablos es esto, patrón?

Crandon me miró, disgustado.

—¡Kabé! ¿Qué clase de lenguaje estás usando? ¿Tienes averiada alguna válvula?

—Perdón, jefe, pero se me irritó el circuito de la paciencia. ¡Miren que...!

—Cualquiera diría que eres tú y no yo el que tenía que ir a la Costa Brava.

—Si tuviera un adarme de sentido común, eso es lo que haría inmediatamente.

—Mi sentido común es mío y a ti no te importa lo que pueda hacer o no, Kabé. Y si no te gusta, con largarte, estás al cabo de la calle. ¡Al fin y al cabo lo que sobran son máquinas! —concluyó Crandon desdeñosamente.

No dije nada, pero aquello me ofendió bastante. Preocúpese usted por un humano, sírvale para todo, ayúdele como no lo haría nadie de su género, para que luego te suelte una coz como aquélla. «¡Al fin y al cabo, lo que sobran son máquinas!», había dicho.

Me notó disgustado. Me puso una mano en el hombro.

—Dispénsame, Kabé, pero no sabía lo que decía.

—Tengo un circuito de perdón muy amplio —dije sonriendo, y ya no se habló más del asunto.

* * *

Una semana más tarde, Crandon, relevado de su puesto, y yo, nos hallábamos en la vidriera del bar del astropuerto de Cabo Laplace. Nuestra astronave descendió y de ella se bajó el piloto, quien, envuelto en su traje espacial, se dirigió hacia nosotros.

Primero se detuvo en la esclusa de aire, despojándose de la escafandra de vacío. Después pasó al bar.

Mi circuito del asombro se encrespó. No pude evitar que un largo silbido saliera de mis labios, un silbido con valles y cimas acústicas. ¡Demonios con el piloto!

Podría ser un colega mío, pero el exterior superaba a todo cuanto uno pudiera pensar acerca de las mujeres. De haber estado por aquellos alrededores Venus y Anfitrite, se hubieran muerto de envidia con toda seguridad. El «robot» que fabricó aquel «robot», era un artista, sin duda.

Como nuestro piloto pertenecía, en efigie, claro está, al género femenino, le dimos el tratamiento adecuado, lo mismo que haré en el transcurso de esta narración. Así, pues, diré que era alta, esbeltísima, de fáciles andares y con unos ojazos verdes que, a no saberse que era una máquina como yo, habrían incendiado muchos corazones masculinos.

Su sonrisa era fácil, sincera, al preguntar:

—¿El profesor Crandon?

El innato orgullo que hay en todo humano surgió al instante en el ánimo de mi patrón. Fingió ignorar la mano que le tendía el piloto y contestó con un escueto:

—El mismo. Encantado de conocerla.

Ella no hizo caso del gesto. Me saludó moviendo la mano.

—¡Hola, Kabé!

—¡Hola, nena! —saludé, tan fresco, y luego inquirí—: ¿Cómo quieres que te llamemos?

—Pues... igual que los demás hacen contigo, Kabé: por las iniciales.

—¡Eva! —exclamó el profesor de repente. Ella giró hacia él la límpida

mirada da sus verdosos ojos.

—Exacto, profesor. Así, hasta ahora, me han llamado allá abajo.

Crandon vaciló un momento, levemente turbado. Entretanto, mis circuitos internos se regocijaban con su aspecto. El profesor preguntó, pasados los instantes de duda:

—¿Trae usted las instrucciones, Eva?

Me di cuenta de que Crandon, instintivamente, había suprimido el tuteo con que me trataba a mí. Estuve por decirle: «¡Vamos, hombre, que sólo es una máquina!», pero conecté el cuadro valvular de la prudencia, y cerré el pico aun antes de haberlo abierto.

—Sí, profesor. Pero se las entregaré una vez hayamos partido. ¿Está preparado?

—Por supuesto, Eva. ¿Cuándo es la partida?

—Ahora mismo —dijo ella, con tono un tanto imperativo.

—Pero, ¡estará cansada! —objetó mi patrón.

Eva se echó a reír.

—¿Olvida usted mi condición de «robot», profesor?

Crandon se frotó la mandíbula.

—Pues, a primera vista, y aún a segunda, ¿quién lo diría? En fin, sí, estamos listos. Cuando quiera, Eva.

—Gracias, profesor. ¿Vamos?

Antes de que echaran a andar, hice una objeción

—Un momento, jefe. La identificación, ¿sabe?

—Ah, sí —repuso Crandon—. Lo había olvidado. Ella alargó su delicado cuello, debajo de cuya oreja— ¡canastos, si no le faltaba siquiera el detalle del orificio para los pendientes!— pude ver claramente el número de su filiación. Un momento después, me volvía hacia el patrón.

—Todo en regla, jefe.

—Está bien, pues. ¡En marcha, máquinas! —dijo alegremente Crandon, echando a andar, delante de nosotros, hacia la esclusa de salida.

CAPÍTULO II

CON negligente gesto, tomé una minúscula aceitera de uno de los paneles de herramientas de reparación, y me apliqué el pitorro al oído. Apreté los dedos y un chorlito de delicioso lubrificante penetró en mis sensibles mecanismos, haciéndome sentirme un «robot» nuevo.

Ya hacía días que volábamos por el espacio, a velocidades inconmensurables, en ruta hacia nuestro objetivo. Habíamos rebasado la órbita de Marte y estábamos en el transitado círculo lleno de corpúsculos celestes de todos los tamaños, conocido vulgarmente por el «cinturón de asteroides». Nuestro detector de meteoritos funcionaba a la perfección y no era de prever un accidente que, trayendo graves consecuencias, nos impidiera dar cima a la misión encomendada.

Dentro de la astronave, la vida no podía ser más monótona. Confieso que si yo hubiera sido un humano, me hubiera muerto de asco al segundo día de viaje. Pero el jefe parecía estar en el mejor de los mundos. Un pez en los cortos límites de su pecera no se hubiera sentido más a gusto.

En cuanto a mi «colega» Eva, no se preocupaba de otra cosa que no fuera él buen gobierno de la espacionave. Fría, eficiente, sin inquietudes emocionales de ninguna clase, iba de un lado para otro, luciendo la esbeltez de sus líneas que el traje interior de vuelo no podía ocultar, pero ocupándose de nosotros lo menos posible.

—Éstas son las primeras instrucciones —nos había dicho apenas nos hallamos en órbita libre, encarrilados en la que nos conducirla al punto donde empezaríamos la exploración—: rebasar la órbita de Plutón hasta situarnos a mil millones de kilómetros de distancia. Una vez allí, hemos de explorar una faja de espacio de otros mil millones de kilómetros de ancho, por cinco grados de arco de ancho. Esta circunferencia ha de tener como centro el Sol.

—¡Cáspita! —murmuró Crandon—. Es un buen pedazo de espacio, ¿no

le parece, Eva? ¿Cree usted, realmente, que el Décimo Planeta puede hallarse en tal sitio?

Ella se encogió de hombros.

—Eso es —repuso— precisamente lo que tratamos de averiguar.

—Pero, ¿por qué solamente cinco grados, Eva? Según tengo entendido, la circunferencia tiene 360; por lo tanto quedan...

—Ya lo sé —cortó secamente la muchacha (digámoslo así)—. Quedan 355 grados, que serán explorados por setenta y una astronaves idénticas a la nuestra, con tripulaciones iguales. Como puede ver, profesor, no quedará rincón del cielo sin explorar.

—Pero nosotros sólo lo haremos en una faja plana. Y el Universo tiende a la esfericidad, Eva.

—Debiera recordar, profesor —contestó ella, en tono de reproche—, que las órbitas de los planetas del Sistema están, prácticamente, en un mismo plano, aunque ninguna de ellas se encuentre jamás. Por lo tanto, es inútil buscar arriba o abajo de tal plano, sino únicamente unas cuantas decenas de millones de kilómetros, cantidad que puede decirse insignificante.

Crandon se puso las manos a la cabeza.

—¡Insignificante! —exclamó—. Insignificante cuando nosotros estamos embarcados en una espacionave que no llegará a cien metros de largo en total. ¡Mujer tenía que ser para...!

—Jefe —carraspeé—, la galantería...

—¡La galantería un pepino! —masculló el profesor, muy irritado—. ¿Qué galantería voy a emplear con una máquina?

Me di cuenta de que a Crandon le sabía a cuerno quemado el que le hubieran puesto bajo las órdenes de un «robot», por lo que me dediqué a suavizar la tensa situación, lo cual, en el fondo de todo, no dejó de parecerme ridículo. ¡Un humano y una máquina peleándose por nimios detalles de forma!

Aquello había sido una especie de ruptura de hostilidades, y Eva y el profesor no hablaban si no era absolutamente necesario. Como Crandon no tenía que preocuparse del pilotaje del artefacto, se pasaba la mayoría del tiempo en el minúsculo, pero bien puesto observatorio

que allí nos habían instalado, del que no salía apenas si no era para comer o descansar en su camarote individual.

Estábamos en medio del cinturón de asteroides, vigilando, todas las válvulas y circuitos alerta, los detectores de proximidad, cuando, un día, apenas una semana después de nuestra partida, los timbres empezaron a chirriar estruendosamente.

Tanto Eva como yo corrimos hacia las pantallas de observación. La muchacha clarificó las imágenes que en ellas se observaban, moviendo los mandos correspondientes y apartando los puntos que no interesaban. Al fin, quedó una chispa luminosa centrada en el vidrio deslustrado, cuya persistencia no dejo de extrañarnos.

—¿Qué será eso? —pregunté.

Eva no contestó, por el momento; parecía muy interesada en la observación del corpúsculo.

—Kabé —dijo, diez segundos más tarde.

—¿Qué, Eva?

—Formula una pregunta en la calculadora de órbitas. Quiero saber si hay algún asteroide cuya trayectoria coincida con la nuestra.

—Okey, jefe —dije zumbón.

¡Caramba con la maquinita; se había tomado en serio su papel de capitán!

Me fui hacia el computador, pero antes de que hubiera podido pulsar siquiera dos teclas del teclado que, semejante al de una máquina de escribir, pero con muchos más signos, había allí, una voz se oyó a través del sistema interno de comunicación.

—No es ningún asteroide —dijo, con tono perfectamente natural Crandon—, sino una desconocida astronave.

Los dos alzamos instintivamente la cabeza hacia arriba, que era donde el profesor tenía su observatorio.

—¿Una astronave?

—Exacto, Kabé. La tengo enfocada con mi telescopio electrónico. Se encuentra en la actualidad a veinticinco mil kilómetros de distancia, y sigue una órbita convergente con la nuestra.

—¿Puede calcular la velocidad, aunque sea a ojo, profesor? —preguntó Eva.

Hubo una pausa de silencio; después, Crandon contestó:

—Creo que es sensiblemente igual a la nuestra. Quizá ligeramente inferior, pero eso mejor podrá usted comprobarlo con los instrumentos de a bordo.

—Muy bien, profesor. Continúe observándola y háganos saber cualquier novedad que ocurra.

A continuación, la chica se volvió hacia mí:

—En mi cámara están las tablas de vuelo para el trimestre actual, Kabé. Tráelas.

Obedecí, naturalmente. En aquel momento hubiera jurado que su fabricante le había insuflado a Eva el don de mando. No alzaba la voz, no gritaba, pero sabía hacerse obedecer. En bien del género humano, me alegré de que fuera una máquina; de lo contrario, ¡pobre del hombre que se hubiera casado con ella!

Le entregué el pesado mamotreto, que ella hojeó distraídamente. Entretanto, yo oía el «crick, crick» de la calculadora de velocidades extrañas.

—No hay ningún vuelo señalado en esta zona hasta dentro de cinco meses cuando menos —murmuró, y como si fuera una mujer de veras, hasta se mordió los labios.

De pronto, sus ojos se fijaron en la respuesta de la computadora.

—Estamos ganando terreno con respecto de la astronave —dijo—. Hemos de alcanzarla y tratar de identificarla.

—Bueno, así nos divertiremos un poco —dije, por decir algo.

Eva llamó a Crandon:

—¡Profesor!

—¿Qué hay, pimpollo?

—¿Qué forma tiene la espacionave?

—Pues... todavía no lo puedo asegurar, Eva. Está a demasiada

distancia para...

—Entonces, ¿cómo sabe usted que es una astronave y no un meteorito?

—Porque soy astrónomo, hermosura —fue la fría y sarcástica respuesta—. En este lugar del cielo no hay, no debe haber un asteroide, a no ser que sea muy pequeño, en cuyo caso no brillarla con tanta intensidad como el metal exterior de la espacionave. ¿Alguna pregunta más? —terminó Crandon en tono doctoral.

—Es suficiente —murmuró ella, y mis circuitos de la ironía me impulsaron a sonreír.

Hube de volverme y toser para que ella no se diera cuenta.

Sin pronunciar palabra, Eva se sentó ante los mandos de la astronave y con mano experta, empezó a apretar botones y mover palancas. En el eterno silencio del espacio, jamás interrumpido por sonido alguno, nuestro aparato ganó velocidad.

Doce horas más tarde, estábamos a corta distancia del otro artefacto, pudiéndolo contemplar por medio de visión directa. Todos tuvimos motivos para asombrarnos.

¡No era una astronave terrestre!

Durante unos minutos, largos, tensos, agónicos, solamente se oyó el lejano runrún de los motores termonucleares de nuestro aparato, situados allá, en el extremo opuesto. El asombro nos había invadido a los tres.

—¿Qué diablos es esto? —reventó al fin el profesor.

—No lo sé —contestó Eva, perfectamente tranquila—. Que yo sepa, no se ha construido en la Tierra navío estelar alguno como el que estamos viendo.

La chica tenía razón. No tenía la forma convencional de cohete, ni tampoco de pesa de gimnasia, como el nuestro, ni aún siquiera como los primeros que viajaron a la luna, que más parecían arañas metálicas que otra cosa. Aquella rara astronave era, pura y simplemente, una esfera.

Mediría unos veinticinco metros de diámetro y parecía construida en un metal del que jamás habíamos oído hablar tan siquiera. En seis

puntos de su superficie tenía pintados unos extraños signos, pertenecientes a un alfabeto que no se parecía a ninguno de los terrícolas, ni aun siquiera a los de las antiguas civilizaciones como la de Sumer, ya muerta mucho antes de que naciera Babilonia. En el estado en que nos hallábamos, nos sentíamos completamente incapaces no ya de intentar descifrar, sino siquiera de hacer suposiciones acerca de lo que podían significar aquellos signos.

—Bueno —dije —, ¿qué hacemos?

Eva dudó.

—No son terrestres —murmuró.

—¿Son? ¿Es que hay alguien ahí dentro, en la pelota?

—Pues…

—Lo sabrán si van a verlo —dijo, desde arriba, la calmosa voz de Crandon.

Miré a Eva. La chica, en un segundo, tomó su decisión.

—De acuerdo —repuso, y alzó la voz—. Haga el favor de bajar, profesor.

Sonó una leve carcajada.

—¿Desde cuándo pide las cosas por favor, rosa de California?

Sin hacer caso de la pulla, Eva dictó las órdenes oportunas, lo cual dio por resultado que media hora más tarde nos encontrásemos en la esclusa de salida, provistos de nuestros trajes de vacío. Regulamos las longitudes de onda de nuestros transmisores individuales, poniendo en funcionamiento el eliminador de estáticos, y una vez fuera, Eva dijo:

—Kabé, lanza un cable de anclaje.

La muchacha había hecho aproximarse ambas naves, pero dejando prudentemente una cierta distancia, unos cincuenta o sesenta metros entre ambas. El cable de anclaje, arrastrado por su electroimán, voló helicoidalmente por el espacio, tensándose rectamente apenas había tocado la superficie de la extraña esfera.

Caminamos como arañas del espacio a lo largo del cable, aproximándonos con vigilante cautela. A sugerencia de Crandon, nos habíamos provisto de pistolas fotónicas, capaces de «disolver» a un

mamut con sólo lanzarle un chorro de fotones o partículas de luz, todo ello sin el menor desprendimiento de calor. Las llevábamos pendientes de los cinturones, en tanto que en la mano izquierda teníamos cada uno nuestra correspondiente pistola de chorro para gobernarnos en el espacio en torno a las espacionaves.

No tardamos mucho en hallarnos en digamos el ecuador de la esfera. Estudiamos el metal del artefacto, brillante, reluciente, pero sin encontrarse en él la menor solución de continuidad que pudiera indicarnos una abertura de entrada o cosa por el estilo.

De pronto, la voz del profesor estalló en nuestros oídos:

—¡Vengan aquí, aprisa!

Me di cuenta de que mi jefe se había ido al otro lado. No importaba soltar el cable de anclaje teniendo las pistolas propulsoras y utilizándolas con discreción, nos trasladamos a los antípodas.

En un instante comprendimos la excitación del profesor. El otro lado de la esfera estaba abollado, sucio, rayado, perdido el brillo, como si hubiera sufrido el duro impacto de algún colosal torpedo de especie desconocida. Pero continuábamos sin dar con la escotilla de entrada.

Súbitamente, cuando más desprevenidos nos hallábamos, un trozo del metal externo se hizo transparente.

Era un fragmento circular el que apareció repentinamente a nuestra vista, como el ojo de buey de un navío, pareciendo como si debajo de aquella transparencia se hubiera deslizado una puerta metálica. Y, apenas diez segundos más tarde, el cristal, de un diámetro de casi tres metros, giró a un lado.

Instintivamente, nos separamos unos metros, mediante unos gatillazos bien aplicados a las pistolas propulsoras. Crandon, sin más, previno la fotónica.

Una negra abertura apareció ante nuestros ojos, sin que, de momento, pudiéramos ver nada. Crandon soltó un taco.

—¡Bueno, no nos vamos a estar aquí toda la vida, digo yo! —y sin más, se lanzó hacia adelante.

La chica gritó:

—¡Cuidado, profesor! —pero el aludido no le hizo caso.

Más le hubiera valido.

Apenas había entrado en aquel negro túnel, cuando un largo y serpenteante brazo, flotando siniestramente en el espacio, salió a su encuentro. El tentáculo, de un indescriptible color violeta, se enroscó en la cintura del profesor, arrastrándole hacia adentro, a pesar de sus esfuerzos.

Me zambullí en la entrada, dispuesto a hacer lo imposible para salvar al profesor. Previne la pistola fotónica, pero un segundo tentáculo, culebreando de modo espantoso, me rodeó la muñeca.

—¡Eva, Eva! —grité, y de pronto un deslumbrante haz de luz pasó por mi costado. El tentáculo se disolvió con un chispazo.

Pero el profesor continuaba atado, debatiéndose inútilmente. Al menos tendría aquel brazo mortífero cuarenta centímetros de grueso y tiraba, tiraba de él hacia el interior de la nave, contrarrestando, con su poderosa fuerza, los chorros descargados por la pistola propulsora de Crandon.

Recuperada el arma que me fuera arrebatada, rebasé al profesor. Solté una descarga y quemé un segundo tentáculo. Casi al instante, una visión de pesadilla humana apareció ante mis ojos.

A primera vista se hubiera dicho que era un pulpo el que se agitaba y hervía horriblemente a cinco o seis metros de mí. Pero un examen más detenido me hizo ver que no era sino un ser con tal apariencia, dotado con un solo y enorme ojo, de color violentamente escarlata, cuyo fulgor resultaba espantoso.

El bicho tenía cuatro tentáculos, de los cuales ya le faltaban dos. Encaré la pistola a su ojo, en tanto que el profesor continuaba su macabra danza, suspendido del poderoso tentáculo.

El ojo de la bestia me miró de un modo particular y al momento sentí una serie de potentes interferencias en mis circuitos electrónicos. Una espesa neblina apareció ante mis ojos.

Mi mano flaqueó, perdida la fuerza que la animaba. El cañón de la pistola apuntó al suelo.

Vagamente entreví que el otro tentáculo serpenteaba aproximándose a mí. Quise huir, pero no pude. Aquel demonio poseía una voluntad fantástica, como si fuera un colosal hipnotizador.

No obstante, tuve tiempo de gritar:

—¡Eva, dispara al ojo! ¡Al ojo!

La pistola de la chica comenzó a disparar. Descarga tras descarga, cruzaron el espacio, haciendo retroceder al tentáculo y aún al monstruo, pero llevándose al profesor, el cual había cesado de debatirse y pendía, lacio, inerte, de aquel gigantesco brazo. Una sola descarga de aquella arma, que hubiera bastado para fulminar una ballena, apenas si producía efectos en el bicho.

Pero, por lo que habíamos visto, los tentáculos sí que eran vulnerables. Desapareció un tercero y al fin, Eva consiguió hacer blanco en el cuarto, liberando de este modo al profesor, el cual quedó flotando, de un modo ridículo en aquel espacio sin gravedad.

Entonces ocurrió lo increíble.

La bestia, lanzando un grito horrísono, en el cual se encerraba toda la rabia y el furor que la poseía grito que —¡pásmense!— llegó hasta nuestros oídos aun a pesar de haber sido emitido en el vacío absoluto, se arrojó fuera, agitándose epilépticamente. Al pasar. Eva, que había tenido tiempo suficiente para apartarse, le soltó dos o tres descargas más, que no le causaron apenas daños.

El monstruo, siempre chillando de aquella manera tan espantosa, amputados todos sus brazos, huyó, perdiéndose en el espacio en contados segundos. Y solamente entonces fue cuando nos dimos cuenta de un singular detalle, en el cual no hablamos caído hasta entonces.

—¿De qué mundo procedía aquel extraño ser? ¿Qué extraño metabolismo era el suyo que le permitía vivir en el vacío sideral?

No tuve tiempo de hacerme más consideraciones. Eva me golpeó el hombro con la culata de su pistola, al mismo tiempo que me decía, señalándome el inerte cuerpo de Crandon.

—¡Hay que atender al profesor, Kabé!

CAPÍTULO III

En el interior de la espacionave desconocida, a bastante distancia de nosotros, una persona se despertó, surgiendo de lo que había sido como un mal sueño para ella.

Pero esto no lo sabíamos nosotros. Nuestra atención estaba polarizada en el profesor, que continuaba flotando, hecho un pingajo, a cuatro o cinco metros de nosotros.

—Es preciso hacer algo por él —dijo Eva, y en el momento en que nuestras manos lo tocaban, la esclusa de aire se cerró.

Giramos rápidamente. Me arrojé sobre la compuerta recién cerrada, intentando forzarla, pero sin conseguir nada práctico. Eva y yo nos miramos consternados.

En el interior de la nave había una luz difusa que apenas si permitía ver las personas a una docena de metros de distancia. Pero, súbitamente, un violentó resplandor lo iluminó todo.

Parpadeé, guiñando los ojos, con el fin de evitar a mis válvulas visuales los desastrosos efectos de aquella luz tan súbita. Cuando mis pupilas se hubieron acostumbrado a ella, hube de reprimir mis impulsos de asombro.

La construcción de la nave era aún más rarísima que lo que hubiéramos podido soñar. Toda ella estaba surcada por una serie de cubiertas circulares, enlazadas entre sí por ligeros puentes metálicos, dejando un ancho espacio en el centro, en donde había otra esfera más pequeña, como de unos seis metros, transparente en su mayoría desde donde, según supe luego, se gobernaba el aparato.

Pero esto, con todo y ser bastante raro, no fue bastante a llenarnos de estupefacción. Lo que nos asombró hasta el infinito, y además nos horrorizó, fue la cantidad de cuerpos que, en grotescas y trágicas posturas, yacían por todas partes.

Eran humanos, o cuando menos, habían tenido aquella apariencia antes de morir. No se les veía ninguna herida exterior, pero su aspecto no podía engañar al más lerdo: estaban muertos y bien muertos.

—¿Los... los habrá matado aquel bicho? —inquirió Eva, en voz baja.

—Eso supongo. Como quizá al profesor.

—Entonces, ¿quién ha cerrado la puerta?

—Alguna corriente de aire —dije con sarcasmo—. Vamos, Eva; ahora lo que nos interesa, no es salir de aquí sino averiguar qué es lo que ha sido del profesor.

Pero, en el momento en que me volvía para tratar de hacer descender al profesor al suelo con el fin de averiguar qué había sido de él, un grito me hizo girar en redondo.

—Si tuviera nervios, ya me los habrías destrozado tú, Eva —mascullé, furioso. Y acto seguido, en lugar de un grito, solté uno de los silbidos que son reglamentarios cuando se ve a un monumento en forma de mujer.

Sí; aquella que venía hacia nosotros, caminando desde la esfera central por encima de un puentecillo de enlace, era un monumento. Jamás he visto una tez como aquélla, ni un cabello más renegrido, ni un talle tan inverosímil. El «robot» que fabricó a Eva habría aullado de alegría si se le hubiera permitido tomar a aquella muchacha como modelo.

Porque, juzgando por su rostro, era aún una muchacha. En mi opinión, no había cumplido aún los veinte años. Sin embargo, toda ella flotaba dentro de un aura de majestuosidad que imponía el más templado.

—Pero, ¿es que aquí todo el mundo puede vivir en el vacío? —pregunté.

—Hay aire —exclamó de pronto Eva—. Mira tus indicadores, Kabé.

—¡Hum! Sí que resulta raro todo esto —y acto seguido, me encaré con la desconocida.

La joven se acercó hasta nosotros. Nos miró con cierto recelo, al propio tiempo que hacía una lógica pregunta;

—¿Quiénes sois?

Al instante me di cuenta de que la pregunta estaba hecha por el sistema telepático. La chica había movido, sí, sus labios de un maravilloso color rojo, pero sus palabras habían resonado en el interior de nuestros cerebros electrónicos.

Conecté el circuito telepático, enlazándolo con el irónico.

—Pues… para serte francos, muchacha, no somos otra cosa que dos máquinas. Esta es Eva; yo soy Kabé. Así nos llamamos.

—¿Máquinas? ¿Eva? ¿Kabé? ¿Cómo es posible tal cosa? Yo veo unos seres de análoga constitución a la mía, pero…

—Es largo de explicar, muchacha. Ahora lo que nos interesaría es tratar de ver cómo se encuentra éste —y mi mano tocó el hombro del aún desvanecido profesor.

La joven dedicó una benigna mirada a Crandon.

—¿Es también una máquina?

—No; es humano. ¿Y tú?

—También. Soy de carne y hueso —contestó, con un leve deje de altivez.

—Muy bien; eso nos alegra mucho. ¿No hay aquí un lugar donde poder atender al profesor?

Ella nos miró un momento, escrutándonos con cierta atención, en la cual había bastante de suspicacia. Al fin dijo:

—Seguidme —y, sin más, echó a andar, dando media vuelta.

Con una sola mano tiré del cuerpo de mi jefe, siguiendo a la joven cuyo nombre aún ignorábamos. Nos condujo a una de las cubiertas superiores y nos introdujo en una camareta, cuyo mobiliario me hizo ver que era el botiquín de primeros auxilios de la nave.

—Colocadlo ahí —dijo, señalando una mesa, muy parecida a las que se usan en los quirófanos.

En un santiamén, Crandon quedó despojado de su traje de vacío. No tardamos en darnos cuenta de que solamente sufría un buen magullamiento, producido por la presión del monstruo y, salvo la natural pérdida de conocimiento, no tenía nada grave.

La morena fue hacia uno de los armarios en el cual huroneó un poco. Volvió cargada con una jeringuilla de inyecciones a presión, y la aplicó al brazo del profesor.

Unos segundos más tarde, el tórax de Crandon se dilató. Emitió un suspiro y abrió los ojos.

—¡Uf! —fue lo primero que dijo—. ¡Cómo duele!

—Mejor será que no hable —dijo fríamente la muchacha—. Durante cierto tiempo tendremos que permanecer a la expectativa por si se hubiera producido alguna lesión interna.

Pero Crandon no le hizo el menor caso. Lleno de una comprensible y lógica explicación, se sentó en la mesa de operaciones, con los ojos muy abiertos.

—¡Caramba! ¡Qué pronto he llegado al cielo! —exclamó.

—No sea tan presumido, jefe —le dije—. No está en el cielo, sino en la astronave que vimos desde la «Santa Fe». Esta joven que aquí ve es; al parecer, la única superviviente de su tripulación. El resto ha pasado a mejor vida.

Crandon volvió a mirarla y luego lo hizo conmigo.

—Pues...

—Échese —dijo la joven con suave acento, lleno de energía, no obstante—. Ya le dije que necesita reposo y una atenta observación durante algún tiempo.

Muy rígido, Crandon obedeció.

—¡Diablos! No lo entiendo. ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama?

—Mi; identidad, por ahora, no le importa. Mi nombre es Lyria y su «robot» humanoide acertó. Soy la única superviviente de cuantos aquí viajábamos.

—¿De dónde venían ustedes?

Lyria hizo un gesto vago.

—De muy lejos. De las estrellas.

—¿Qué es lo que hacían por aquí? —insistió terco Crandon, como si fuera un fiscal.

—Respuesta denegada, al menos por el momento.

Hubo un momento de silencio durante el cual Lyria y Crandon se miraron con poco disimulada hostilidad. La pausa fue rota por la fría voz de Eva la cual ordenó:

—Aquí ya no tenernos que hacer —dijo—. Regresemos a la «Santa Fe».

—¿La «Santa Fe» es la nave suya? —preguntó Lyria.

—Sí

—¡Qué nombre tan extraño!

—Lo de menos es el nombre. Lo interesante es que tenemos que regresar y reemprender el viaje. He debido de desviarme un tanto de nuestra órbita y debo corregir el rumbo.

Lyria frunció el ceño.

—¿Quiere decir que abandonan nuestro aparato?

—Exacto. Usted puede venir con nosotros—contestó Eva, la cual, acto seguido, señaló con la cabeza hacia el exterior del botiquín—. Con ese cementerio que hay ahí fuera, no creo pretenda seguir en su nave.

—¿Me es permitido preguntarle el rumbo que llevarán? —inquirió Lyria.

—Por ahora —repuso Eva, tras unos instantes de meditación—, hacia el exterior de nuestro sistema solar. En dirección totalmente opuesta, para que lo entienda, a la estrella que sin duda habrá visto desde aquí.

—¡Oh! —exclamó Lyria, visiblemente decepcionada—. Pero... pero... ¡es que nosotros llevábamos otra dirección!

—Lo siento —reposo Eva, totalmente impasible—. No podemos darle a elegir. O viene con nosotros o se queda aquí.

Lyria hizo un gesto de repugnancia al oír las últimas frases de Eva. Pero pude darme cuenta que no le hacía ninguna gracia quedarse a bordo de la nave, rodeada de cadáveres por todas partes y al fin, con un encogimiento de hombros, accedió.

En tanto que caminaba, Crandon me guiñó el ojo alegremente.

—¡Vaya un monumento, Kabé!

Eva también andaba ya. En tanto que tomaba en brazos a mi jefe, le di la réplica adecuada.

—Esto es lo que a usted le hubiera hecho falta... en la Tierra.

Hubimos da esperar unos momentos a que Lyria se hubiera puesto su escafandra de vacío y mientras, yo volví a vestir al profesor. Desde la esfera central, Lyria manipuló los mandos de apertura de la escotilla principal, y vimos precipitarse el aire, con terrible violencia, hacia el espacio vacío. Alguno de los muertos fue arrastrado en la formidable corriente que se produjo, y unos minutos más tarde nos hallábamos a bordo de nuestra nave.

Eva se aplicó, tras soltar y recoger el cable de anclaje, a rectificar el rumbo, del que nos habíamos desviado un tanto al acercarnos a la esfera. Entreunto, yo me ocupé de dar de comer a los dos humanos, quienes se sentaron en una pequeña mesita, frente a frente.

Estaba sirviendo el primer plato cuando, de súbito, un lívido fogonazo iluminó aquella región del espacio. Crandon se sobresaltó tanto que no pudo evitar el escupir la sopa que estaba ingiriendo. Lyria, por su parte, frunció el ceño.

Hubo una tensa pausa de silencio, durante la cual examiné atentamente a Crandon y a la recién llegada, Ésta, al fin, se levantó y se encaminó decida hacia Eva.

—Jefe, esto me huele a chamusquina —comenté voz baja.

Sonriendo para sí, el profesor no quiso moverse, yo me asomé a la puerta del cuarto de control, apoyándome con negligencia en su marco.

—¿Qué es lo que ha hecho usted? —inquirió al Lyria.

Su tono era calmoso, pero bajo él latía una irritación que sólo aguardaba el menor pretexto para estallar.

—Nada —repuso tranquilamente Eva, muy ocupada en sus controles. Ni tan siquiera la miró—. Lo único que he hecho es despejar las espaciolíneas de un pecio que acaso un día pudiera haber causado una grave catástrofe.

—¡La astronave era mía! —Lyria alzó levemente la voz.

—¡Y el torpedo que la lancé, mío! —contestó Eva, sin amilanarse.

Oí un fuerte silbido y me volví. Crandon tenía el tenedor quieto, a medio camino de su boca.

—¡Diablos, esto es demasiado fuerte! ¿Es que vamos a la guerra?

¡Torpedos a bordo, quién lo pensara!

Seguí la discusión.

—Era mi nave y usted no tenía ningún derecho a destruirla —continuó Lyria.

—He hecho lo que mejor me ha parecido. Y si no le gusta, tome su traje de vacío y lárguese de aquí. Aquella bola era un estorbo.

—Para usted, acaso, pero no para mí. Me interesaba que continuara siguiendo la trayectoria señalada.

—¿Para qué? —quiso saber Eva.

—Pues... para cuando vinieran a buscarme...

—¿Quiénes? —prosiguió Eva, implacable.

—¡Eso a usted no le importa!

—Entonces, esfúmese y déjeme en paz. Ahora tengo mucho trabajo. ¿O es que no lo ve?

—Su trabajo me importa un pito —gritó Lyria

Eva lanzó un suspiro de resignación. Movió dos palancas más y luego se aproximó hacia la forastera.

—Lárguese de aquí —dijo con concentrados tonos—. En esta nave mando yo, ¿lo entiende?, y hago lo que me parece más conveniente para su buen gobierno. Y ahora, ya lo sabe; despeje el camino, o de lo contrario...

Irritadísima, Lyria ya no quiso escuchar más. Había perdido totalmente los estribos y se arrojó sobre Eva, al mismo tiempo que decía:

—¡Maldita máquina! ¡Jamás me dejaré avasallar por un artefacto mecánico, por muy bien construido que esté! ¡Yo...! ¡Ugggh...!

Sus palabras fueron interrumpidas repentinamente por la reacción de Eva. Mi colega utilizó trucos terrestres para dejar por completo K. O. a la morena.

La clavó primero el puño en el estómago, doblándola en dos, de tal forma que creí que se había partido por la mitad. Luego, sin darle

tiempo a respirar, aplicó su puño cerrado en la nuca de su contrincante, y ésta perdió el conocimiento. No cayó al suelo por la falta de gravedad, pero hube de recogerla.

Crandon me apartó entonces de un manotón que me hizo trastabillar. Le vi rojo de cólera.

—¿Cómo te atreves a violar —aulló—, la primera y más fundamental ley de todo «robot»? Has golpeado a un humano, ¿sabes? Y te voy a aplicar la pena correspondiente. Te voy a desmenuzar en pedacitos y luego arrojaré todas tus malditas válvulas por el expulsor de desperdicios.

Eva abrió mucho los ojos al escuchar la rociada. Pero se recuperó en seguida.

—Ésa —contestó furiosa —, no es un humano terrícola, Y a nosotros nos han enseñado a respetar a los que han nacido en la Tierra.

—Para mí es suficiente con que sea de mi género, ¡maldito «robot»! —gritó Crandon—. Y ahora te voy a…

Pero el profesor hubo de detenerse en seco. En la mano derecha de Eva había aparecido como por arte de magia una pistola fotónica.

—Un paso más y lo convierto en un haz de fotones, profesor. A bordo de esta espacionave, el amo soy yo, no lo olvide. ¡Y con poderes omnímodos, además, téngalo en cuenta!

—¡Tú, una máquina! ¡Un despreciable conjunto de plástico, varillas de metal y lámparas electrónicas! ¡Tú el amo de la nave!

—Así es, profesor. Y lo va a ver ahora mismo.

Eva retrocedió un par de pasos, acercándose a uno de los paneles de instrucciones, oprimiendo un resorte que dejó al descubierto un cajón secreto. Extrajo de él un sobre grande de papel manila, cubierto de sellos de lacre, y se lo arrojó al profesor, al mismo tiempo que le decía:

—Examine las instrucciones que hay dentro, por favor. Tómese todo el tiempo que quiera, pero entérese de su contenido, de cabo a rabo.

CAPÍTULO IV

Mas de una semana transcurrió sin novedades apreciables. Alcanzamos Júpiter y pasamos a corta distancia de él, cortando las órbitas de sus satélites. Tan cerca pasamos, que la enorme esfera del gigante de los planetas, nos ocultó por completo, durante el tiempo que tardó el tránsito, el panorama estelar de aquel lado.

Crandon y Lyria permanecieron largo rato en una de las escotillas, contemplando el maravilloso paisaje, que de por sí constituía un espectáculo imposible de superar, hasta que al fin, lenta y casi insensiblemente, aquella colosal bola comenzó a quedar atrás.

El rojizo resplandor con que nos había iluminado, fue también desapareciendo poco a poco, a medida que nos íbamos introduciendo en las profundidades del sistema solar. El silencio dentro de la astronave, a excepción del lejanísimo y apenas perceptible rumor de los motores nucleares, era absoluto, por completo.

Cuando la mesa estuvo servida, me acerqué a ellos.

—¿No piensan cenar? —dije.

Crandon se volvió y tomó del brazo a Lyria, la cual no hizo la menor objeción. Se sentaron el uno frente al otro y comenzaron a ingerir los alimentos que les había preparado.

Los dejé solos y me fui hacia el puesto de pilotaje. Como de costumbre, allí estaba la fría y eficiente Eva.

—Hola, chica —dije al desgaire—. ¿Qué tal va eso?

—Bien —repuso secamente, sin concederme una miraba.

—Te veo un poco hosca, nena.

—¿Te importa a ti eso? Estoy como quiero, ¿sabes?

—Bueno, bueno, no te enfades. Al fin y al cabo, las válvulas que llevas dentro son tuyas. Oye, ¿y no podría saber de una vez qué es lo que vamos a hacer a mil millones de kilómetros de Plutón?

—Que te lo diga tu amo. Él lo sabe tan bien como yo.

Sin poderme contener, hice un gesto típicamente humano: me rasqué

la nuca.

—Hombre, en líneas generales, ya lo sé. Pero me hubiera gustado saber algún detalle más. Eso de que hayan mandado setenta y dos astronaves para formar una especie de círculo alrededor del sistema me escama un poco, ¿sabes?

—Cuando lo han hecho, sus razones tendrán.

—Me lo supongo, Eva. El gobierno central no hace una cosa así solamente por capricho. Tiene que tener muy buenas razones para haberlo ordenado, ¿no te parece?

—No lo sé; yo solamente soy una máquina.

—Pero muy bien construida —dije, socarrón, recreándome la «vista» con la perfección de sus estatuarias líneas—. Oye, Eva, ¿te has fijado en las buenas migas que parecen hacer el profesor y Lyria?

—No soy ciega —contestó, sin abandonar por un instante su deliberado tono de sequedad.

—¿Quién sabe —murmuré—, si todo esto no acabará en boda? Puede que dentro de unos años, mejor que ayudante suyo, me convierta en niñera.

—Un cargo muy adecuado para un estúpido como tú, Kabé.

—¡Eh, eh, Eva, que yo no te he insultado! ¡Muchacha! ¿Es que te escuece lo del profesor?

—¿A mí? —rio de una manera particularmente hiriente—. Me tiene sin cuidado el que se case con esa negra...

—Lyria no tiene negro más que el cabello.

—...o que se arroje al vacío por la esclusa de salida sin escafandra.

Me froté la mandíbula, conteniendo los impulsos electrónicos de la sonrisa.

—No sería el primer caso —dije, como si hablara conmigo mismo—, que un «robot» se enamorara de un humano, del género opuesto, naturalmente.

—¡Yo no estoy enamorada del profesor! ¡En todo momento sé quién soy y lo que tengo dentro! ¿Te enteras, pedazo de idiota?

Seguí como si no le hubiera hecho caso.

—Sí; una vez vi algo de lo que he dicho. Él, porque era un «robot» del género masculino, por cierto, de mi misma promoción, se enamoró de una de las enfermeras del Hospital General Nuclear. Hubo que arrojarlo, con piel y todo, a uno de los hornos de fundición: Una lástima, porque el chico valía, ¿sabes?

—No me interesan tus historias, Kabé. Lo único que quiero es que te vayas o pares esa charla tan estúpida e insubstancial. Me vas a levantar…

—¿Dolor de cabeza? —reí.

—Peor; fundirás alguna de mis lámparas. Acaso la de la paciencia.

Continué riendo, pero en silencio. No es broma; el caso que he relatado sucedió y hubo que tomar aquella providencia. La verdad, no me hubiera gustado que a Eva le pasara lo mismo; en medio de todo, no dejaba de ser una buena «chica».

Al cabo de un rato, volví a hablar. Esta vez me referí a otra cosa, cuyo tema no habíamos tocado desde el encuentro con Lyria.

—Lo que no acabo de entender —dije—, es cómo aquel bicho que por poco nos destroza al profesor, pueda vivir en el vacío. ¿No se te ocurre a ti nada para explicarlo, Eva?

—Entiendo que es algo elemental, Kabé. Esos engendros se fabrican ellos mismos el oxígeno, si es que lo necesiten para vivir…

—Hasta ahora, no conozco un ser vivo que no lo necesite, Eva —objeté.

—No sabemos, porque las desconocemos, las clases de vida que puede haber en otros mundos habitados, Kabé —me reprochó Eva severamente—. Si esos bichos se fabrican ellos mismos el oxígeno, pueden vivir perfectamente en el vacío.

—¿A pesar del frío interestelar? Recuerda que son menos doscientos setenta y tres grados, nena.

—A pesar de todo, si ellos mismos son capaces de fabricarse su oxígeno, no veo inconveniente en que su metabolismo sea lo suficientemente eficaz para generar las calorías suficientes que les permitan vivir en el espacio, Kabé.

Posteriormente, las investigaciones hechas confirmaron las hipótesis sugeridas por Eva. De todas formas, no dejaba de ser un tanto intrigante el que el primer ser extraterrestre que hubiéramos hallado, fuera un animal de aquella categoría, aunque quizá la palabra animal no esté correctamente aplicada. A juzgar por la hipnosis a que me sometió, el pulpo de cuatro tentáculos, debía poseer un cerebro altamente desarrollado.

—De todas formas —concluí—, no me gustaría toparme de nuevo con un monstruo de esos, Eva.

Hubo un leve intervalo silencioso. De pronto, la chica de plástico, acero y vidrio dijo:

—Te guste o no, es muy probable que antes de cinco minutos estés peleándote con ellos, Kabé.

En el primer momento, creí que Eva se mofaba de mí. Pero de súbito se me ocurrió mirar por la portilla más inmediata.

Una de las cosas buenas que no tenemos los «robots» es que carecemos del circuito del miedo. Al construirnos, lo hacen así ya, con lo que toda máquina de mi especie es un tipo valiente más que nadie. De lo contrario, y no es exageración, se hubieran erizado todos los cabellos de mi cráneo.

El humano que es valiente, lo es precisamente porque sabe dominar su miedo. Yo no necesito este dominio, porque solamente lo conozco de referencias; pero, la verdad, lo que estaba viendo, una vez advertido por las palabras de Eva, era para desanimar a Hércules si hubiera tenido que incluir el exterminio de aquellos pulpos entre sus célebres trabajos.

A simple vista se advertían unos cuarenta o cincuenta que, en compacta masa, se dirigían raudamente hacia nosotros. Consulté, de modo mecánico, el indicador de velocidad, y me di cuenta de que aquellos bichos volaban al par nuestro con toda facilidad, solamente con leves estremecimientos de sus fantásticos brazos.

—¡Quieren atacarnos! —aullé.

Mi grito se percibió claramente en la cámara vecina y el profesor y Lyria aparecieron al instante junto a nosotros.

La muchacha se estremeció.

—¡Oh, los «droks» de nuevo! —exclamó, con apagado tono.

—¿Se llaman «droks» estos bichos? —preguntó el profesor.

—Sí; cuando menos, ése es el nombre que nosotros les damos.

—¿Qué es lo que pretenden ahora? —hablando entre sí dos humanos, nosotros debíamos abstenernos de intervenir en su diálogo.

Metafóricamente, alargué las orejas para escuchar mejor.

—¿Qué es lo que pretenden ahora?

—A mí —fue la lacónica respuesta de Lyria.

—¿A... ti?, digo, ¿a usted?

—Sí. Me buscan, quieren llevarme con ellos, y no pararán hasta conseguirlo.

—Pero, ¿por qué?

—Es largo de explicar, al menos por ahora. Ya lo sabrá más adelante, profesor.

Crandon me miró a mí y luego a Eva. Este nos daba ya autorización para intervenir en la conversación.

—Bueno —exclamé chistoso —, pues que vengan. A ver cómo se las apañan para meterse aquí dentro.

—No sabes bien todavía de qué son capaces, Kabé. Tus palabras me demuestran que no les conoces —dijo Lyria.

—¡Diablos, no! Ya tuve ocasión de pelear con uno de ellos.

—Lo cogisteis de sorpresa. De otro modo...

—¿Quiere decir que aquel «drok» se bastó para liquidar él solo a toda tu tripulación?

—Así fue, en efecto.

—Entonces, ¿por qué vienen ahora en manada?

—Porque conocen el poder de vuestras armas, desconocidas para ellos, y para mí, por supuesto, y no quieren correr ningún riesgo. O cuando

menos, un mínimo de ellos.

Miré a Eva. Ésta continuaba imperturbable.

—De todas formas, veo difícil que puedan penetrar hasta aquí dentro, careciendo de herramientas adecuadas. Esto —y golpeé uno de los paneles metálicos— es un poco durillo, ¿comprende, Lyria?

—Ya hallarán otro medio de forzar la entrada, no te preocupes, Kabé.

—Entonces —terció Crandon—, lo que ahora compete es disponer la defensa de la astronave,

—De eso me encargo yo —dijo Eva—. Daré más velocidad, aun a riesgo de consumir un suplemento de combustible.

La firme mano de Eva se apoyó en la palanca de velocidad, aumentando el volumen de reacción nuclear en los distantes motores. El rumor de éstos aumentó perceptiblemente, al mismo tiempo que la marcha.

La aceleración se realizó de un modo insensible, pero gradual, a fin de no someter a los humanos, ni tampoco a nuestros delicados mecanismos internos, a una presión exagerada. Pero, cinco minutos más tarde, Lyria, terriblemente consternada, exclamó:

—¡Nos siguen!

Nos precipitamos hacia las portillas. Lyria había dicho verdad: los «droks», una vez pasada la primera sorpresa, continuaban a nuestra altura.

Sin molestarme en pedir permiso, manejé los controles de visión remota, de modo que, en las diferentes pantallas que teníamos en el panel de instrumentos, se reflejara todo el espacio circundante. Lo hice, sujeto a un negro presentimiento, impropio por completo de mi mecánica condición, pero mi presentimiento se hizo realidad.

¡Estábamos rodeados por completo!

Por cualquier parte donde se mirara, solamente se veían aquellos monstruosos seres, de tan horrible constitución que ni siquiera el más surrealista de los pintores, atacado de «delirium tremens», hubiera sido capaz de concebirlos. Volando a velocidades fantásticas, nos seguían implacablemente, como feroces sabuesos del espacio, aguardando únicamente el momento más propicio para saltar a

nuestras gargantas.

—Tenemos que hacer algo para huir de ellos —dijo el profesor.

—Imposible —murmuró Lyria melancólicamente—. Cuando me salvasteis, creí haberlos despistado, pero ya veo que todos los esfuerzos han sido inútiles.

—¡De todas formas —Crandon golpeó con el puño la pared más próxima—, no se ha de decir que un humano ha sido vencido por unos animales!

—No son animales —le rectificó prestamente Lyria—, sino seres con una inteligencia fantástica. Acaso su morfología sea parecida a alguno de los seres no racionales que pueblan su planeta, pero salvo eso, son tan personas como usted y como yo.

Crandon se sublevó ante la sola idea de pensar que un «drok» podía ser comparado con él como un igual, pero no tuvo tiempo de exponer su protesta. Repentinamente, la situación cambió.

Ya he dicho que estábamos literalmente rodeados por los «droks». Al primer grupo se habían unido otros varios, de modo que su número alcanzaba, a primera vista, muy cerca del par de centenares. Con los tentáculos tendidos hacia atrás, en el sentido de la marcha, volaban paralelamente a nosotros, fijando en la nave su único y repelente ojo de fabuloso cíclope.

De pronto, como obedeciendo a una orden simultánea, los «droks» se arrojaron sobre la astronave.

Instantáneamente, fuimos lanzados unos contra otros, hacia adelante, cayendo revueltos en confuso montón. Crandon soltó un taco muy poco académico, en tanto que Lyria gritaba. Yo renegué; en cuanto a Eva, se limitó a bisbisear algo que no pude entender.

Pero lo que sí comprendí, desde el primer momento, fue lo que acababan de hacer con nosotros los «droks».

¡Habían frenado la astronave!

Naturalmente, el frenazo fue sólo de unas cuantas decenas de kilómetros a la hora. Con sólo haber perdido doscientos, nos habríamos convertido en sendas masas de plástico y chatarra, carne y sangre, todo desparramado por el interior de la cámara de mando.

Me incorporé como pude, arrojando un vistazo al velocímetro. Lo que vi me consternó profundamente.

La aguja de marcación da las velocidades retrocedía, progresiva y paulatinamente, imperceptiblemente, pero con toda seguridad. Diciéndolo en cuatro palabras, éramos prisioneros de los «droks».

Pero Eva no se dio por perdida.

—¡Hay que hacer algo para liberarnos de ellos! —gritó, y empujó a fondo la palanca de marcha.

La nave crujió y ganó algo de velocidad. Pero no tardó mucho en ser frenada de nuevo. Y poco a poco, nos ganó la convicción de que el momento de nuestra detención definitiva, no podía estar muy lejos.

La reducción de marcha era cada vez más fuerte. Naturalmente, al perder velocidad, nuestro peso aumentaba, y esto pude verlo en el contador de gravedades. Ya señalaba vez y media la normal y se aproximaba, a las dos gravedades, siempre de tipo terrestre.

Nuestros esfuerzos, lógicamente, tenían que ser más penosos, dado que nuestro peso había aumentado. Era terrible, y al mismo tiempo incomprensible, la fuerza de tracción que hacían sobre la pesa de gimnasia aquel par de centenares de «droks», cuyo tamaño oscilaba entre los cinco y diez metros de longitud, tentáculos incluidos.

Un sonoro crujido se expandió por todo el interior de la nave. Era evidente que estaba siendo sometida a terribles presiones, sobre cuyo resultado, más temprano o más tardío, no cabía la menor duda. Aquellos engendros acabarían por conseguir su propósito.

Una súbita idea invadió bruscamente todos mis circuitos.

—¡Lánzales una descarga eléctrica, Eva!

Las artificiales pupilas de la chica brillaron, más verdosas que nunca.

—De acuerdo, Kabé —dijo—. Conectaré el generador y le daré el máximo de tensión.

Así lo hizo. Eva maniobró entre los diales y unos segundos más tarde un sordo zumbido nos dijo que había cumplido su palabra.

Chispas de todos los colocas brillaron de modo espeluznante en pleno espacio. Pero no ocurrió nada: los «droks» resistían perfectamente

aquellas espantosas tensiones de miles de voltios, una décima parte de las cuales habría sido suficiente para fulminar un humano.

Así permanecimos un rato. Luego, Eva, desalentada, cortó la corriente, al mismo tiempo que decía:

—Es inútil. Sería perder tiempo sin conseguir otra cosa que derrochar nuestro combustible. Si alguno de ustedes no haya una solución más eficaz, esos «droks» nos llevarán con ellos a donde les dé la gana.

Un tentáculo, grueso, repeliendo con su violáceo color, se apoyó en la parte exterior de una de las vidrieras. Luego, el ancho ojo del monstruo, brillando como gigantesco rubí, apareció en aquel punto.

—¡Vuélvanse de espaldas! —chilló Lyria, muy oportunamente por cierto.

Pero más «droks» se situaron en todos los lugares donde había lucernas y comenzaron a asaetearnos con los potentes rayos de sus hipnotizantes miradas. Algo muy lejano y muy próximo a la vez, empezó a darme órdenes relativas a una eventual apertura de la esclusa de aire.

Luché contra aquellas órdenes con toda la potencia de mis circuitos, consumiendo a raudales la energía de la diminuta pila nuclear que era mi corazón mecánico. Debatiéndome en unas agónicas ansias, conseguí llegar al complejo panel de instrumentos.

Casi a tientas hallé el botón de cierre de persianas interiores. Varios secos chasquidos nos indicaron que, de momento, estábamos aislados de la visión de los monstruos.

Tardamos unos momentos en recuperarnos. Vacilante, Crandon se puso en pie. Sacudió la cabeza para despejársela.

—No podemos hacer nada —dijo Lyria—. Voy a salir y entregarme.

—¡Eso, nunca! —protestó ardientemente Crandon—. Jamás permitiré que…

—Voy a salir —repitió la morena— a parlamentar con los «droks». Me entregaré yo, a cambio de vuestra libertad.

Eva, la miré, no puso ninguna objeción al plan de Lyria. Incluso la vi levemente satisfecha. Pero a mí tampoco me gustaba; la verdad, estaba del lado del profesor.

Lyria dio una orden:

—Kabé, mi escafandra.

Pero Crandon, interponiéndose entre ambos, cortó mi acción apenas iniciada.

—¡Quieto! He encontrado la solución para librarnos de esos asquerosos bichos.

Todos le contemplamos con manifiesto interés.

CAPÍTULO V

Eva dejó a un lado su actitud de indiferente circunspección que habitualmente usaba cuando se enfrentaba con Crandon. En medio de los recientes crujidos de la nave, sacudida con terrible fuerza por los irritados asaltos de los «droks», una llamita de esperanza creció dentro de nosotros.

—Creo que tengo la solución —exclamó de nuevo Crandon—. Sobre todo, si esos bichos de ahí fuera nos dan un poco de tiempo.

—¿Qué es ello, Lars? —inquirió con voz que trataba de ser natural, Lyria.

—Esos bichos se producen por sí mismos el oxígeno que necesitan para sus necesidades vitales, ¿no?

Lyria asintió. Crandon, con el rostro iluminado, continuó:

—Pues bien, he llegado a la conclusión de que el oxígeno, propinado por el exterior, tiene que serles muy desagradable.

—No… entiendo, profesor —dijo Eva, y Crandon la miró desdeñosamente.

—No he procurado que tú, una máquina, me entendieras. Conque sepas obedecer, tengo más que suficiente.

—Olvida usted que a bordo soy yo quien manda, profesor —repuso

Eva con orgullo.

—¡Ahora no! Ahora el que da las órdenes soy yo. ¡A vestirse todo el mundo! —y como viera que Lyria iba en busca de su traje de vacío, la detuvo por un brazo—: Usted no; usted debe quedarse aquí dentro y no salir bajo ningún pretexto.

—Pero… pero…

—Obedezca y haga lo que le digo, o de lo contrario, la pongo en el cepo —exclamó Crandon con el truculento acento que hubiera empleado el capitán de un «Clipper» del siglo XIX.

La energía de mi jefe dio sus frutos. En cosa de diez minutos, estuvimos listos. En tanto que nos preparábamos, portando al cinto pistolas fotónicas, Crandon habló dando precisas instrucciones, sin emplear una sola palabra que no fuera absolutamente necesaria.

Cada uno de los tres cargamos con un pesado tubo de oxígeno, almacenado a doscientas cincuenta atmósferas. En la tierra nos hubiera sido imposible moverlo un centímetro. En el espacio, un lugar carente de gravedad, los movíamos como si fueran plumas. No obstante, teníamos que andar con cuidado; si bien carecían de peso, su masa seguía subsistiendo, y lo difícil era sacarlos de su inercia, ya fuera estática o móvil. Pero, en general, los manejábamos bien.

Nos colocamos, a una orden de Crandon, frente a la esclusa de salida. La compuerta interior se abrió, y pasamos al otro lado. Lyria era una chica lista y, cuando hubimos cerrado, ella se encargó de vaciar el aire. Hecho esto, abrió la compuerta exterior.

Un coleteante tentáculo apareció al momento. Crandon, Eva y yo estábamos advertidos y lo hicimos desaparecer en medio de un cegador chorro de fotones. Después, impulsándonos por nuestros reactores individuales, salimos fuera.

Nuestra inesperada acción tomó por sorpresa a los «droks». Pero, pasado el primer momento, se abalanzaron en manada hacia nosotros. Los recibimos como se merecían.

Formando un triángulo, dándonos mutuamente la espalda, de modo que no quedara ninguno de nosotros al descubierto, aguardamos la embestida de aquellos bichos. Estos ya se habían dado cuenta, no sé cómo, pero lo habían averiguado, que Lyria no estaba con nosotros. Cargaron decididos a liquidarnos, con muy pocos escrúpulos de conciencia.

Soltamos el oxígeno. Chorros de blanquecino gas, saliendo proyectados a gran distancia por la enorme presión, chocaron con los «droks». Sus ultrasonidos sacudieron fuertemente nuestros transmisores individuales. Pero retrocedieron.

Crandon lanzó un aullido de júbilo. Sus suposiciones habían sido exactas; Los «droks» no podían resistir el oxígeno puro y, desconcertados, dejaron un amplio espacio entre ellos y nosotros.

Debieron comunicarse telepáticamente entre sí, porque, unos momentos más tarde, todos aquellos seres estaban reunidos frente a nosotros. Confieso que estuve a punto de marearme al ver aquel hirviente montón de monstruos, del que brotaban innumerables destellos rojizos, provenientes de su espantoso ojo, pero aguanté.

Unos cuantos ataques más, lanzados con la fuerza que les infundía la desesperación y la rabia de saberse vencidos por alguien que estimaban inferior a ellos, fueron rechazados con toda facilidad. Y además, ahora vimos que el oxígeno les mataba,

Propulsados por nuestros reactores, nos lanzamos sobre ellos, expulsando continuos chorros de oxígeno. Cada vez que uno de los «droks» recibía uno en su cuerpo, se estremecía quedándose luego muy quieto, flotando vagamente en el espacio. Les hicimos numerosas bajas, sin que, por nuestra parte, recibiéramos otra cosa que algunos golpes y contusiones sin importancia.

Al fin, desmoralizados, vencidos, se declararon en franca derrota. Aún eran bastantes, pero no se atrevieron a intentar un nuevo ataque. Chillando horrísonamente, los supervivientes dieron media vuelta y se esfumaron en la insondable negrura del espacio.

No creí en mí hasta hallarme de nuevo en la acogedora esclusa de la astronave. Una vez despojados de nuestros trajes de vacío, Crandon soltó una alegre exclamación.

—¡Hurra! ¡Nuestra estratagema tuvo éxito completo! —y, tomando a Lyria por el talle, dio con ella unos cuantos pasos de danza alrededor de la estancia.

Las delicadas mejillas de Lyria se arrebolaron y alzada en brazos por el corpulento profesor, hubo de bajar un tanto el rostro para mirar a Crandon al suyo. Apoyó sus manos en los hombros de éste.

—Lyria, ya está, a salvo del todo. Esos «droks» no volverán jamás. Les hemos dado una buena lección

—Sí Lars —contestó ella, sonriendo y dejando ver, a través de sus rojos labios, una doble hilera de blanquísimos dientes.

No sé cómo se me ocurrió girar un poco la cabeza y mirar en dirección a Eva. La muchacha estaba un poco apartada, mordiéndose los labios, al mismo tiempo que sus ojos centelleaban de una manera muy particular, y sus puños se crispaban.

¿Se habría enamorado la muy estúpida de Crandon, olvidándose de su condición de «robot»? La apreciaba; era una chica excelente y muy eficiente en todos los aspectos; pero antes de consentir que la cosa llegara a mayores, estaba dispuesto a destruirla con unos cuantos martillazos bien dados.

Tomé una decisión y quise llevarla a la práctica.

—Eva, ven conmigo —dije, tomándola por una mano.

Dejamos solos a Crandon y a Lyria, y pasé a la cámara de mandos, cerrándola cuidadosamente.

Una vez allí, me miró con gesto desafiante.

—¿Qué tripa se te ha roto, Kabé?

—A mí, ninguna, Eva; es a ti a la que, sin duda, está pasando algo.

—No sé a qué te refieres, Kabé.

—No te hagas la tonta. Demasiado sabes qué es lo que quiero decirte. Y deseo hacerte entender de una vez que no estoy dispuesto a que la cosa siga adelante.

—Si no te explicas mejor… —dijo con falsa ironía.

Me armé de paciencia.

—Mira, Eva —empecé a decir—. Te he estado observando en tanto que el profesor tomaba a Lyria por el talle. Te mordías los labios, los ojos te brillaban y tenías las manos crispadas. ¡Enséñame las palmas!

Mi orden la cogió de tan imprevista manera, que no supo siquiera resistirse. Allí tenía marcadas las huellas de sus uñas de modo harto claro.

—¿Lo ves? —sonreí satisfecho.

—Bueno, y si es verdad, ¿qué? —chilló—. ¿Qué puede importarte a ti que yo me enamore o deje de enamorarme del profesor? Eso no es cuenta tuya, Kabé; tu obligación, es ser un ayudante científico y su criado personal, además. Todo lo que no sea eso, debe traerte sin cuidado.

—Me gustaría que fueras de carne y hueso —dije rabioso—; te iba a dar una paliza que no ibas a poder sentarte en un mes.

—Te guardarás muy bien de tocarme, Kabé. Antes...

—¡Calla, estúpida! —dije, totalmente perdida la paciencia—. No sé qué chiflado fue el encargado de tu revisión antes de darte como apta para el servicio. Ignoro su identidad, pero sí sé que merecerías estar delante de un arado, en lugar de montar en el tractor.

Avancé hacia Eva.

—¿Qué piensas hacer, Kabé? —preguntó, vagamente aprensiva.

—Repasarte.

—¿Cómo?

—Lo que oyes —dije fríamente—. Debes tener alguna válvula descompuesta o algún circuito mal empalmado dentro de tus tripas de máquina, y yo voy a averiguar qué es lo que hay de malo eh ti, para suprimirlo.

—¡No, no! —chilló, retrocediendo, transformado su lindo rostro en una máscara de espanto y terror.

—Sí, sí... Eso es precisamente lo que voy a hacer contigo, muchacha. No quiero que molestes más a mi profesor. Si le gusta Lyria...

—¡Lyria no es ninguna terrícola!

—¡Pero es humana! Y tú eres un «robot», ¿entiendes? Esa es la diferencia que hay entre las dos y tú pareces haberlo olvidado. Ven acá, Eva... ¡Ven acá, te he dicho!

Por muy «robot» que fuera, pertenecía al sexo femenino y, naturalmente, no me obedeció. Echó a correr alrededor de la cámara, esquivándome con éxito. Mascullé unas cuantas palabrotas y me dispuse a concluir de una vez con aquella, para mí, ridícula situación.

Pero, en el momento en que me abalanzaba sobre ella, seguro ya del

triunfo final, algo me falló. Quizá fue un inoportuno resbalón, acaso un error de cálculo; de todas formas, flotando en el aire, di de cabeza contra uno de los mamparos.

Sentí dentro de mí una serie de siniestros crujidos. Mis pensamientos flaquearon, pero no tanto que no pudiese adivinar la rotura de alguna válvula de mis mecanismos. Fuera lo que fuera, el caso es que, durante unos segundos, quedé completamente atontado.

Fueron los suficientes. Lanzando un aullido de júbilo, Eva se arrojó sobre mí y, en pocos segundos, con mis propias ropas, quedé sólidamente maniatado, tan inmóvil como un salchichón.

Eva rio alegremente.

—Ahora vamos a ver quién le hurga las tripas a quién —dijo, toda satisfecha; y se dirigió hacia un sitio en donde tenía herramientas para las reparaciones. No necesitó mucho tiempo para elegir un largo destornillador con el que vino hacia mí.

La veía actuar como si lo hiciera separada de mí por una espesa niebla. Ello me hizo saber que algún circuito de los que me proporcionaban la visión estaba seriamente averiado. Pero no me importaba gran cosa, sabiendo que dentro de unos momentos no iba a ser más que un montón de plástico y metal, sin significado alguno.

Sonriendo de una manera que hubiera hallado encantadora de no haberme ocurrido aquello, Eva se arrodilló junto a mí, mostrándose muy alegre el destornillador.

—¿Ves esto, idiota? Es suficiente para reducirte al estado de basura, Kabé. Y, ¿sabes lo que voy a hacer?

Moví la cabeza torpemente. Eva rio nuevamente.

—Simplemente una cosa, Kabé: despojarte de tu batería atómica. La arrojaré al espacio y…

—No podrás hacer lo mismo con tu conciencia, Eva —dije, con bastante torpeza en mi fonación.

—¿Mi conciencia? Soy un «robot», tonto —y, de un fuerte tirón, rasgó mi camisa de arriba abajo.

Lamenté infinito no poseer la facultad telepática de los «droks». Con ella, acaso, hubiera podido llamar a mi jefe, pero…

Fría, eficientemente, Eva continuó desatornillando la elástica tapa de mi pecho. Al fin, un cuadrado de «piel», de unos veinticinco centímetros de lado, fue arrojado desdeñosamente a un rincón.

—Aquí la estoy viendo, Kabé. Lo siento, chico; eras una buena persona, pero…

Inesperadamente, una mano se apoyó en su hombro, tirando de ella con terrible violencia. Tomada por sorpresa, Eva no pudo tan siquiera resistir y voló hacia el extremo opuesto de la cámara.

Crandon y Lyria acababan de hacer acto de presencia en el momento más crítico. El profesor, descompuesto, adivinando en un instante, con sólo verlo, lo que Eva había pretendido hacer conmigo, no había usado de corteses circunloquios para apartarla de mi lado.

La muchacha intentó protestar. Crandon, loco de furia, no escuchó siquiera sus protestas; se la sacudió de encima mediante el expeditivo procedimiento de atizarle dos bofetadas que la derribaron espectacularmente al suelo.

—Y no te arrojo al espacio —gritó, como colofón—, en gracia a la misión que se nos ha encomendado. Pero, de ahora en adelante, no saldrás de aquí sin pedirme permiso.

—¡El capitán de la nave soy yo! —chilló Eva.

—A partir de este momento, quedas desposeída de tu rango. Te rebajo a navegante y da gracias encima.

Luego, el profesor se volvió hacia la otra.

—Dispénsame, Lyria, pero no me pude, contener; perdí los estribos y…

—No te preocupes, Lars. Atiende primero a Kabé; creo que lo necesita.

—Sí, tienes razón, Lyria.

Tomando el destornillador, Crandon se arrodilló, mirándome con intensa simpatía.

—¿Estás bien, Kabé?

—Sí, jefe, gracias. De todas formas, tiene que repasarme la cabeza. Me di un golpe y creo que alguna lámpara se ha roto. Por ahí debe de haber repuestos.

Una hora más tarde, me encontraba otra vez como recién salido de la fábrica. Algunas gotas de aceite en los puntos más importantes bastaron para revitalizarme, y entonces fue cuando empezó a resonar el cloqueo característico del transmisor al indicar que alguien estaba llamando.

—Jefe, parece que nos envían algún mensaje.

—Sí, Kabé. Vamos allá. ¡Eva!

—Diga, profesor —contestó la interpelada, con voz exenta por completo de emoción.

—Maneje el transmisor; usted lo conoce mejor que yo.

Casi al momento, la pantalla se iluminó y una serie de letras y cifras empezaron a deslizarse por ella. Crandon gruñó.

—¡Qué diablos…! ¿Están locos o borrachos?

—Nada de eso, profesor —dijo Eva—. Simplemente, transmiten en cifra.

—¿En… cifra?

—Así es, profesor. Pero no pase pena; tengo por ahí el libro de claves.

Crandon miró primero a Lyria y luego a mí.

—¡Canasto! —masculló—. La cosa es más seria de lo que parece.

Nadie habló hasta que hubo terminado la recepción del mensaje, mensaje al que, viajando por el espacio a la velocidad de la luz y retransmitido por las sucesivas estaciones de relevo de microonda de los planetas, le había costado cuarenta y cinco minutos llegar hasta la «Santa Fe». Otros tres cuartos de hora tardaría nuestra respuesta en ser recibida en la Tierra, ya que, en aquellos momentos, nos hallábamos a unos 810 millones de kilómetros de la misma.

La cinta del mensaje salió al fin de la máquina.

—¿Ha concluido ya? —preguntó Crandon con impaciencia.

—Sí, profesor —le replicó Eva.

—Bien, entonces acusa la recepción. Dile que, si necesitamos alguna aclaración, se la pediremos también por clave. Y, por favor, date prisa

en descifrarlo; estoy sobre ascuas.

Cuando Eva hubo terminado con el transmisor, sacó de un estante un pesado mamotreto, con el cual, y con el mensaje al lado, manipuló un buen rato. Mientras tanto, yo pensé que la cosa debía ser muy seria, dado que la chica no utilizaba siquiera el descifrador automático. Debía tratarse de alguna cifra de antiguo estilo y, por conservar el secreto, desde la Tierra nos lo habíamos transmitido en tal forma.

Tardó un buen rato. Al fin, se levantó con un papel en las manos, leyendo con frío desapasionamiento lo que acababa de traducir.

> *Estén alerta a cualquier movimiento sospechoso a partir de la órbita de Plutón —dijo, leyendo textualmente el mensaje—. Informes confidenciales aseguran haberse descubierto existencia Décimo Planeta, en el cual hay gentes sin identificar, con propósitos no aclarados. Caso encuentro, procuren hacer prisioneros; pero ustedes procuren no caer en tal situación. Destruyan todo y destrúyanse a sí mismos, antes de ser apresados. Notifiquen misma cifra cualquier incidencia notable, escatimando toda transmisión en lo posible.*
>
> *Fin del mensaje.*

—¡Ca... nastos! —exclamó Crandon, sin poderse contener—. Esto es más serio de lo que parece. Hasta ahora, las guerras interplanetarias eran cosa de los escritores de «science-fictión». ¿Es que va a producirse un conflicto de tal calibre?

Tal era la preocupación del profesor, que había olvidado mencionar el importante detalle del posible descubrimiento del Décimo Planeta. Eva se encogió de hombros.

—No lo sé, profesor. Eso es cuenta del Gobierno Central. Y, como me ha despojado de mi rango, a partir de ahora, es usted quien toma las decisiones. Yo me limitaré a pilotar la nave.

Después de las precedentes palabras de Eva, un intenso silencio se hizo en la estancia. Y, de no pecar de exagerado, diría que casi duró hasta que estuvimos a punto de alcanzar la órbita de Plutón. Entonces, fue cuando se produjo el primer choque.

CAPÍTULO VI

LOS instrumentos señalaban entonces unos seis mil millones de kilómetros de distancia del Sol. A pesar de que todos permanecíamos en estado de alerta, el hastío flotaba de un modo que hubiera podido decirse visible en el interior de la «Santa Fe». Pero era un aburrimiento de tipo nervioso, el cual se notaba especialmente más en los humanos. A fin de cuentas, Eva y yo, siendo simples máquinas, no podíamos hacer otra cosa que simular tal sentimiento... cuando fuera necesario.

Crandon y Lyria se paseaban con frecuencia de un lado a otro de la cámara, apenas sin hablar, consultando silenciosamente los instrumentos, mirando ansiosamente a través de las pantallas visoras telescópicas o incluso por los ventanales externos. Y de todo ello tenía la culpa el dichoso mensaje.

El Décimo Planeta, no solamente descubierto, sino, al parecer, habitado por otros seres extraterrestres. ¿Serían los «droks»? ¿Serían los compañeros de la hermosa Lyria? ¿Cuáles eran sus propósitos con relación a nuestro planeta?

Para hallar las respuestas a dichas preguntas estábamos nosotros allí, volando a velocidades terribles, lanzándonos como locos hacia el espacio exterior al sistema. Era de maravillar la previsión y magnífica organización del Gobierno Central, que había destacado no menos de seis docenas de astronaves, todas ellas completamente equipadas, con el fin de averiguar las cosas raras qué habían ocurrido en aquel sector.

«Destruyan todo y destrúyanse a sí mismos antes de ser apresados», era una de las frases, quizá la más significativa, de cuantas componían el mensaje. Esto sólo, de por sí, ya decía suficiente. La cosa, en efecto, parecía ser de vital importancia.

Una voz sonó de pronto en la cámara. Crandon había detenido sus inquietos paseos y nos miraba a todos a la vez.

—¿Es que nos ordenan convertirnos en un «kamikaze» especial? —dijo, de pronto.

Los recuerdos históricos que habían introducido en mi memoria mecánica me dijeron bien pronto que acaso Crandon tuviera razón. En la II Guerra Mundial, había habido pilotos suicidas que se lanzaban con sus aparatos, cargados con torpedos de alto explosivo, contra los barcos enemigos, no importándoles destruirse si con ello destruían la

embarcación contraria o, por lo menos, le causaban graves daños, poniéndola fuera de combate. Nosotros, en un caso muy parecido, teníamos que hacer lo mismo. Podíamos hacer prisioneros, pero no debíamos permitir nuestro apresamiento, bajo ningún concepto. Antes destruirnos. Esto, dicho lisa y llanamente, significaba luchas, batallas, peleas… y que íbamos armados lo había demostrado el torpedo lanzado por Eva contra la astronave de Lyria.

Nadie contestó a las palabras del profesor. Eva, muy atareada en sus instrumentos, ni se dignó mirarlo siquiera. Yo me encogí de hombros y, en cuarto a la morena, se limitó a hacer pucheros.

—No puede ser, no lo creo. Una orden de esas… enviarnos deliberadamente a la muerte… Eso es propio de países salvajes, sin civilización… Pero nosotros…

Nuestro femenino piloto intervino de modo inesperado.

—Cuando la salvación no sólo de un mundo sino de varios, cuando la supervivencia de miles de millones de personas depende únicamente del sacrificio personal de unas cuantas, apenas dos centenares, ¿va usted a poner obstáculos a la misión que le ha sido confiada, profesor?

Crandon miró a Eva, después de haber soltado un respingo.

—Oye, tú, que yo solamente acepté el ir a descubrir, el Décimo Planeta, o confirmar su descubrimiento, ¿entiendes? Hasta que no estuvimos en órbita libre y empezaron a ocurrir cosas, a mí no se me habló de…

—Ah, conque usted se niega a colaborar, ¿verdad? —dijo fríamente Eva.

—¿Quién ha dicho eso? Yo…

—Usted, lo está diciendo. Pone impedimentos a todo, refunfuña sin parar y…

El profesor comenzó a enrojecer, aproximándose al estallido. «Eva, que te la vas a ganar», me dije, pero en aquel momento mi vista, posada por casualidad sobre una de las pantallas, descubrió algo inesperado.

—¡Astronave por estribor! —grité, y mis palabras cortaron en seco toda discusión posible.

Los tres se me echaron encima, casi aplastándome, en sus ansias de mirar a través del cristal deslustrado. Eva comprobó que mis palabras eran ciertas y, sin más, se sentó en el sillón del piloto y se sujetó con las correas de seguridad.

—Kabé, dame la distancia de este aparato.

Todos los «robots» de mi tipo «nacen» ya con los suficientes conocimientos de astronáutica para pilotar una espacionave. Eva sabía lo que se hacía al preguntarme el dato requerido.

—Un millón ochocientos mil kilómetros.

—¿Velocidad?

El cálculo, mediante el computador, fue rápido.

—Doscientos mil a la hora.

Eva se permitió un largo y agudo silbido. Después dio una orden. El profesor se olvidó de la degradación que había sometido a la rubia y obedeció sin rechistar.

—Me parece que antes de muy poco vamos a tener jaleo. Siéntense en los sillones y amárrense bien. A poco que se descuiden, el menor golpe les romperla todas las coyunturas.

Así lo hicimos y yo me senté al lado de Eva en el puesto del copiloto. Crandon y Lyria tenían también su respectiva pantalla en la cual podían ver perfectamente el espacio de cielo en el cual, y en dirección hacia nosotros, viajaba la astronave desconocida, devorando los kilómetros a velocidades terroríficas.

De pronto, lancé un grito.

—¡Otra astronave, Eva! ¡Detrás de la anterior! ¡A dos millones de kilómetros!

La muchacha frunció el ceño. Hizo un breve comentario.

—Parece como si estuviera persiguiendo a la otra —dijo.

—¡Es cierto! —exclamé—. Corre más; ganando terreno visiblemente.

—¡Diablos!—masculló Crandon—. ¡A ver si lo de la guerra interplanetaria va a pasar del terreno de la fantasía al de la realidad!

Eva condescendió lo suficiente para volverse a medias hacia el profesor.

—No se extrañe mucho de ello, Crandon. Le ruego tengan la mirada atenta; puede que dentro de muy poco vea cosas que jamás vuelva a presenciar en su vida.

Nuestro piloto tenía razón. La segunda astronave viajaba a una marcha enorme, muchísimo más veloz que la primera, la cual estaba ya a una relativa corta distancia de la primera. Pero, entonces, nos dimos cuenta todos de un detalle.

—¡Es una esfera! —gritó Lyria.

—¡Y la otra también! —dije yo.

—Con toda seguridad —declaró la morena—, los «droks» se han apoderado de una astronave de las nuestras y están persiguiendo a alguno de mis compañeros que tratan de huir.

—¿Pero esos «droks» entienden también de astronáutica? —inquirió, absorto, el profesor.

Lyria meneó pesarosamente la cabeza.

—Hay pocas cosas que los «droks» no entiendan. Son...

Qué eran los «droks» fue una cosa que de momento, nos quedamos sin saber. Eva soltó un grito de alerta.

—¡Cuidado! ¡Han lanzado un torpedo!

En la negra pizarra del cielo apareció repentinamente un cárdeno trazo que la cruzó a velocidades lumínicas. El rayo de luz que era la estela del torpedo alcanzó, en pocos segundos, a la astronave perseguida.

A pocos miles de kilómetros de nosotros, estalló de repente un silencioso relámpago, de brillo potentísimo, cegador, que iluminó durante unos instantes aquella región del cielo. Después, la eterna noche de los espacios siderales, volvió a caer sobre nosotros.

—Kabé, conecta el deflector de meteoritos. Ponlo a la máxima distancia y dale toda la energía posible —ordenó secamente Eva.

—Tendrás que reducir la energía de los motores —objeté.

—Yo sé lo que digo. Anda, hazlo sin más réplicas.

—«Okey», patrón —murmuré, manejando los mandos correspondientes.

Un vago zumbido nos envolvió en una esfera invisible, eficaz, la cual nos protegería contra los disparos enemigos.

—¿Es que crees que va a atacarnos? —preguntó Crandon, muy sorprendido.

—Estoy segura de ello —contestó enigmáticamente mi colega; de pronto, gritó—: ¡Ahí viene!

Por segunda vez vimos el trazo de luz que era la estela del torpedo, encaminándose en línea recta hacia nosotros. De haber sido humano, habría contenido la respiración, cosa que hicieron el profesor y Lyria.

La raya luminosa ganó terreno de modo fulmíneo. Súbitamente, desapareció en un colosal relámpago, que se disipó casi instantáneamente.

En la hermosa boca de Eva apareció una sonrisa. «¿Eh, qué os decía, yo?», parecía pensar. Pero casi al instante, soltaron un tercer torpedo.

Caminando por el espacio, a velocidades que alcanzan decenas de kilómetros a la hora, es imposible soñar con una virada que le desvíe a uno de la trayectoria el rumbo, pero para seguir otra órbita, se necesita emplear una curva de un radio interminable, empleando para ello un tiempo considerable, todo lo cual convertía, en un sueño quimérico cualquier posibilidad de escapar a los efectos del estallido de un torpedo mediante una huida en zigzag. Solamente nos quedaba el recurso del deflector meteórico y en él confiamos.

—¡Otro torpedo! —grité, viendo, apenas disparado el anterior, surcar un cuarto el espacio, yéndole a los alcances.

Instantáneamente comprendí lo que pretendían hacer nuestros desconocidos enemigos. Pero no me dio tiempo a expresarlo.

El primero estalló, disolviéndose en un inmenso chispazo. Y el otro franqueó la barrera defensiva.

En una centésima de segundo comprendí la argucia de los que pilotaban la otra nave. Habiéndose dado cuenta de la fuerte protección de que disfrutábamos, estaban decididos a romperla, al

precio que fuera. Y no les costó mucho, la verdad sea dicha.

La explosión del torpedo había abierto ancha brecha en la esfera proyectada por nuestro deflector. Esta brecha se cerraba en un espacio increíble de tiempo, pero la distancia entre proyectil y proyectil era demasiado pequeña para que el cuarto no pudiera pasar con toda facilidad. Atravesó la barrera y se precipitó hacia nosotros.

Lyria gritó horrorizada. Crandon ahogó un taco y, en cuanto a Eva y a mí se refiere, no hicimos otra cosa que no fuera agarrarnos instintivamente al cuadro de mandos. Brillando demoníacamente, el torpedo se abalanzó sobre nosotros a una velocidad de vértigo.

Desapareció su estela en el mismo momento en que sentíamos, en la parte superior de la nave, un áspero chirrido, como un frote de metal contra metal. Acto seguido, el clásico chispazo de la explosión hirió duramente nuestras pupilas.

La «Santa Fe» sufrió un breve traqueteo sin importancia alguna. Me volví y vi a Crandon transpirar abundantemente. La impersonal voz de Eva nos explicó lo ocurrido.

—No impactó directamente, sino que resbaló contra el casco esférico de la parte delantera de la nave, saliendo luego rebotado. No obstante, esto le produjo una leve desviación en su trayectoria que, descomponiendo sus mecanismos, le hizo estallar. Su velocidad es tanta que, cuando se produjo la explosión, se hallaba ya al menos a doscientos kilómetros de distancia, lo cual es insuficiente para derribarnos.

—Pero pueden seguir atacándonos —dije—. Tú, Eva, tienes torpedos; ¿por qué no vas y les sueltas uno?

—Tendríamos que desprendernos de la protección que supone el deflector y... ¿Qué es eso?

La muchacha había interrumpido súbitamente la frase. Instintivamente, todos miramos hacia aquel punto.

La astronave que había disparado contra nosotros estaba virando. Según se podía advertir en las pantallas y en el marcador de órbitas, se disponía a dar media vuelta.

—¿Por qué se larga? —inquirí.

Eva se encogió de hombros.

—Pues...

—¡Más astronaves! —aulló repentinamente el profesor.

Era cierto. Tres o cuatro aparatos más surgiendo de la negra profundidad del cielo, atacaban ahora a la espacionave enemiga. Los tripulantes de ésta se habían dado cuenta de la maniobra y se disponían a escapar, importándoles muy poco emprender una vergonzosa fuga.

Pero las otras naves no se lo permitieron. Rodeándola por todas partes le impidieron la huida y, literalmente, la acribillaron.

Durante unos segundos, inolvidables por cierto, se vieron en el espacio una serie de llamaradas multicolores de una impresionante belleza, todo ello en medio del más absoluto silencio. Después, las otras naves, tan desconocidas como las primera, concluida su labor, dieron media vuelta y desaparecieron completamente de nuestra vista en contados minutos.

Aún tardamos algo más antes de que recobráramos siquiera las fuerzas para poder hablar. Crandon fue el primero en hacerlo, rompiendo el encanto.

—¡Ca... ramba! ¡De no haberlo visto, hubiera pensado que estaba presenciando alguna película de Flash Gordon!

—Lyria —dijo de pronto Eva—, ¿tiene usted alguna idea acerca de la identidad de esas naves?

La morena movió la cabeza negativamente.

—En absoluto. Cabe, sin embargo, la posibilidad de que pertenezcan a mi país, pero... no puedo asegurarlo.

—¿Y su país, dónde está, Lyria?

—Dije anteriormente que este no es el momento de revelarlo.

Con toda calma, Eva se desató las correas de seguridad y, poniéndose de pie, se recostó sobre el panel de instrumentos, cruzando los brazos.

—Me parece, Lyria —empezó a hablar— que ya va siendo hora de que usted nos cuente algo más de lo que sabemos,

—Por ahora no lo estimo conveniente —repuso Lyria con altivez.

—Aquí no se trata de su conveniencia, sino de la nuestra. Y en bien del interés común, le exijo que hable.

—Me niego a ello rotundamente, Eva.

—Piénselo bien. Acaso tengamos que obligarla a ello, y me disgustaría tener que tomar medidas extremas contra usted.

Los ojos de Lyria se inflamaron de cólera. Pero, en lugar de responder a Eva directamente, se volvió al profesor.

—Lars, ¿va a dejar que un estúpido «robot» me siga tratando de esa manera? Oh, esto es intolerable, no lo puedo soportar. Si continúo así, me tiraré por la esclusa de aire.

—¿Por qué no lo hace ya, pimpollo? —rio Eva, con duro sarcasmo.

Crandon se puso también en pie.

—¡Eva, te ordeno que te calles inmediatamente! De lo contrario, te encerraré bajo siete llaves. ¿Olvidas que estás tratando con un humano?

El índice de Eva se tendió acusadoramente hacia su interlocutor.

—Es usted quien olvida su deber por unos lindos ojos, profesor. Que diga quién es de una vez y que se deje de circunloquios.

—¡Está loca, Lars, loca perdida! —gritó Lyria.

—Debe de tener alguna lámpara fundida o algún circuito estropeado. Los celos…

—Los celos, un cuerno —chilló Eva, incorporándose súbitamente—. ¡Vamos, desembuche de una vez!

—¡Eva! —aulló el profesor—. Habla con más circunspección o…

Me di cuenta de que estaba en una jaula de locos. Si no intervenía pronto, el conflicto estallaría de un momento a otro y, tal como estaban las cosas, su final era algo absolutamente imprevisible. Nuestra misión se iría al diablo y…

Afortunadamente, alguien se encargó por mí de cortar la bronca. Y lo hizo estupendamente, además.

Una lamparita roja empezó a oscilar aceleradamente. Nadie más que

yo se dio cuenta del detalle y me acerqué al receptor auditivo de radio. Abrí el control.

En medio de la barahúnda dialéctica que se había formado en la cámara, una voz irrumpió en ella, vibrando con angustiosos trémolos.

—¡Socorro, socorro! ¡Por el amor de Dios, vengan a socorremos!

El jaleo se interrumpió en el acto. Tres pares de pupilas se dilataron instantáneamente.

Crandon, Lyria y Eva se me arrojaron encima, escuchando ansiosamente. El grito de socorro volvió a repetirse.

—Vengan por nosotros, por favor. Vengan o nos perderemos en el espacio para siempre.

Si hay una muerte horrible entre las muertes, es la del hombre perdido en el espacio. Solo, aislado de su nave, encerrado en los estrechísimos límites de su escafandra, el astronauta extraviado vive una agonía horrible, prolongada durante largo rato, tanto como se lo permite la reserva de oxigeno de sus depósitos. Ésta, por lo general, no suele ser muy grande, para unas doce horas a lo sumo, puesto que se ha hecho un viaje al exterior, los depósitos deben rellenarse de nuevo, con el fin de evitar fatales accidentes por descuido. Pero, como también la estancia en el vacío no se suele prolongar mucho, de ahí que los depósitos sólo contengan una escasa reserva del gas vital. El traje de vacío es un accesorio para emergencias, no para ser usado habitualmente.

Las voces continuaban sonando claramente en nuestros oídos, como si fueran pronunciadas en la misma cámara. Eva manejó los diales de la radio y tomó el micrófono.

—Aquí astronave terrestre «Santa Fe», Vamos a socorreros inmediatamente. ¿Cuántos sois?

—Dos solamente —contestó la misma voz.

—¿Cuál es vuestra reserva de aire?

—Tenemos la suficiente… siempre que podáis encontrarnos.

—¿A qué distancia de nosotros estáis?

—Apenas si os podemos ver. Además, como desconocemos el tamaño

real de vuestro aparato, el cálculo de la distancia es muy relativo.

—¿Nos veis como un puntito de luz moviéndose rápidamente entre las estrellas?

—Sí, eso es —contestó excitadamente el náufrago espacial.

Eva sonrió con suavidad.

—Muy bien, pues. Vamos a tratar de recogeros. Procurad no moveros del sitio entre tanto.

—¿Quiénes serán? —preguntó Crandon.

Eva ni se dignó contestarle.

—Kabé —llamó.

—A la orden, jefe.

—Utilizando el radar, computa las velocidades relativas de nuestra nave y la de los náufragos. Hemos de equiparar nuestra órbita a la de ellos y, si no me equivoco, necesitaremos alguna corrección de rumbo.

—Gastaremos combustible —rezongó el profesor.

Eva se volvió hacia él como si le hubiera picado un áspid.

—¿Tendría usted el valor de dejarlos morir de asfixia en el espacio, profesor? Sí... ya lo veo... Usted no sabe qué es ver, en el indicador, que poco a poco, por muchos esfuerzos que se hagan, por mucho que se contenga la respiración, cómo el oxígeno se gasta... cómo la aguja del marcador se va aproximando siniestramente a la línea roja que señala el vacío en los depósitos... No, profesor... usted no sabe qué es eso, y por ello mismo, le importaría un pepino abandonar a esos desdichados a su triste suerte.

Crandon soportó el chaparrón sin pestañear. Cuando Eva concluyó, le hizo una pregunta.

—¿Y tú, «robot», tienes alguna experiencia de lo que con tan vividos colores has descrito?

Eva calló, para mí abochornada. El profesor no le dio tiempo a contestar.

—Además, ¿no me estás refregando siempre por las narices la misión

que tenemos que cumplir?

Mi congénere no dijo nada. Furiosa, en silencio, maniobró lo necesario hasta que, una hora más tarde teníamos a los náufragos en la esclusa de aire.

Una vez entraron dentro de la astronave, no nos sorprendió su humano aspecto. Lo que a Crandon, a Eva y a mí nos dejó patidifusos fue la cortés reverencia con que, poniéndose de rodillas con el mejor estilo de la corte del Rey Arturo, saludaron a Lyria, diciéndole:

—¡Alteza...!

CAPÍTULO VII

La verdad es que los tres nos quedamos boquiabiertos viendo a los dos salvados náufragos arrodillarse ante Lyria, dándole el tratamiento de Alteza. Sólo faltó que la morena hubiera llevando una túnica, para que aquella pareja, de lo que en principio nos pareció chiflados, besaran la orla. Por lo demás, el acto de sumisión y vasallaje no podía ser más explícito y significativo.

El breve silencio que sucedió a las palabras de los tipos fue roto por la voz de Lyria.

—Alzaos, Gellod. Alzaos, Wokan. Éste no es el momento más adecuado para cumplir con el protocolo de la Corte de mi padre, el rey Uthos.

Si hubiera sido humano, habría tragado saliva, sin duda alguna. El profesor lo hizo por mí.

—¿Al... Alteza...? —bulbució.

Lyria sonrió de una manera particularmente encantadora al enfrentársele.

—Ahora ya no puedo seguir guardando mi secreto por más tiempo, Lars. Sí, soy la princesa Lyria, heredera del trono de mi padre, el poderoso rey Uthos.

Crandon se pasó la mano por la frente.

—Es incomprensible. Yo creí que estas cosas estaban ya acabadas. Al menos en mi planeta. Tú... una princesa de sangre real...

—Y que un día reinará sobre nosotros —terció uno de los náufragos, Wokan, con toda altivez.

Crandon le miró con curiosidad. Después volvió la cabeza hacia Lyria.

—Dispénseme... Oh, perdón. Alteza. A partir de ahora deberé suprimir el tratamiento que os daba. Lamento no haberlo sabido antes; quizá me porté groseramente...

Lyria volvió a sonreír.

—Nada de eso, mi querido Lars. Me ofenderías —dijo tuteándolo— si me trataras de otro modo. A fin de cuentas no puedo olvidar que peleaste con los «droks» para salvar mi vida.

—Lo hubiera hecho por cualquiera —dijo el profesor, tuteándola a su vez—. Y ahora, ¿me sería lícito preguntarte dónde está ese reino donde tu padre gobierna? Esto me hace suponer que vivís en un planeta habitable y habitado, de condiciones similares al nuestro.

Los ojos de Lyria se empañaron levemente. Sin duda recordaba su mundo.

—Oh, sí —repuso—. No hay país como el nuestro. Todo él está cubierto de un perenne verdor, en tanto que innumerables corrientes de agua proporcionan una grata frescura al ambiente. El cielo es eternamente azul, surcado de cuando en cuando por blancas nubecillas que no bastan a empañar los rayos del sol que nos ilumina y da la vida. Ésta es fácil y llevadera: nadie trabaja apenas, y toda nuestra existencia se desliza en medio de las más honestas y placenteras alegrías. Nadie ambiciona nada, todo el mundo se contenta con lo que tiene, sin desear la propiedad del vecino, y los miles de millones de personas que en Grodda nuestro planeta viven, están contentos y satisfechos de tener por rey a una persona tan benigna y amante de la paz y de sus súbditos como mi padre, el rey Uthos.

—¡Diablos! —exclamé, sin poderme reprimir—. Eso parece una imagen del Paraíso Terrenal.

Lyria me miró con benigna condescendencia.

—No sé qué lugar de vuestro planeta será ése, pero en todo caso, estoy segura de que no puede compararse con nuestro país.

—Está bien, está bien. Alteza. Prefiero no entrar en discusiones…

—¡Kabé! —me miró con severidad el profesor, lo cual me hizo enmudecer inmediatamente, retornándome al instante a mi condición de «robot».

Lyria continuó, haciendo caso omiso del incidente:

—Pero ahora, todo ha cambiado en Grodda, Lars. Los «droks» nos declararon la guerra, y uno de sus primeros actos fue tratar de derrocar a mi padre. El rey está prisionero de esas horribles bestias, las cuales, imposibles de matar con los medios ordinarios de que disponíamos, se han enseñoreado a su antojo de nuestro mundo.

—Entonces… —murmuró el profesor—, te persiguen a ti, porque…

—Exacto —dijo Lyria, adivinándole el pensamiento—. Los fieles súbditos de mi padre están sometidos, avasallados, pero bajo su aparente sumisión late el indomable espíritu de la independencia. Y yo, aunque sea inmodestia decirlo, soy su última esperanza. Los «droks» no me matarán, pero me harán su prisionera, y entonces todo habrá acabado para mi pueblo. Mientras yo esté libre, soy como una especie de bandera de su latente rebelión, lo cual les da ánimos para seguir soportando la situación actual, en espera de que los tiempos mejoren…

—Y… ¿qué pensáis hacer?

—Estamos escondidos en un lugar muy cerca de aquí, un planeta inhóspito, muerto, sin vida de ninguna clase, cubierto perennemente de gases en estado sólido, formando una colosal capa de hielo que impide toda existencia, salvo en muy precarias condiciones. Allí es donde se encuentra el cuartel general de los rebeldes y de allí es de donde partirá nuestra expedición para aniquilar a los «droks» cuando el momento oportuno sea llegado.

—Luego… luego vosotros sois las personas sin identificar que nos señalaron a nosotros desde la Tierra.

—Tal vez —repuso Lyria, sonriendo—. Estamos preparando armas nuevas, desconocidas para los «droks», aunque ahora, habiendo éstos descubierto nuestro refugio, la cosa va a ser un poco más difícil. A pesar de su horrendo aspecto de bestias apocalípticas, poseen una

fantástica inteligencia que les hace capaces de las mayores empresas, por arduas que sean. Ya habéis visto sus adelantos y de lo que son capaces, de modo que no es necesario que siga dándoos nuevas explicaciones.

—¡Por Júpiter! —tronó el profesor, muy excitado—. Indudablemente es una raza que debe ser exterminada o, cuando menos, expulsada de esta región del firmamento.

—De eso se trata, Lars —asintió la princesa.

El profesor se enderezó súbitamente, sacando el pecho.

—¡Cuenta conmigo, Lyria! A partir de ahora me pongo incondicionalmente a tu servicio y también pongo a tu disposición todos los medios de que dispongo.

Una expresión de ternura apareció en el rostro de Lyria, bellísimo entonces más que nunca. Alargó su mano, y Crandon se apoderó de ella y la cubrió de besos.

—Triunfaremos Lars, triunfaremos con toda seguridad. La razón está de nuestra parte, y aunque la lucha sea dura, conseguiremos al fin derrotar a los «droks». Entonces… entonces… —el tono de la princesa varió de un modo singular—, tú tendrás tu recompensa, Lars.

A juzgar por las húmedas pupilas de Lyria, era fácil adivinar cuál iba a ser la recompensa del profesor. Ya me lo veía convertido en príncipe consorte, y más tarde, junto con ella, rey de Grodda. ¡Menudo salto iba a pegar el pájaro, a poco que las cosas le rodaran bien!

Pasado aquel primer instante de emoción, Lyria se volvió hacia los tíos compatriotas.

—¿Cómo pudisteis salvaros del torpedo que os dispararon los «droks»?

Gellod fue el encargado de la respuesta.

—Íbamos en vuestra busca, Alteza —repuso, cuadrándose como un soldado ante su general—. Recibimos vuestro mensaje de socorro antes de que la nave en que viajabais fuera atacada por los «droks» y dedujimos de ello que os hallabais en una apurada situación. Alistamos una espacionave y nos dedicamos a buscaros. Pero los «droks» se enteraron de ello y nos persiguieron, hasta darnos alcance. Viendo que no teníamos salvación, decidimos abandonar la nave antes de que fuera demasiado tarde, usando nuestros reactores individuales.

Afortunadamente estabais en esta zona y… bien, lo demás no es necesario repetirlo.

—Gracias, Gellod. Pero no me deis las gracias a mí sino al profesor Crandon y a sus dos valientes «robots».

Los dos súbditos de Lyria nos miraron a Eva y a mí, consternados por la noticia.

—¿«Ro… bots»…? —exclamaron casi a dúo, estupefactos.

Crandon sonrió.

—Así es. Tienen todo el aspecto de un humano y… —se interrumpió un segundo, mirando de reojo a Eva, la cual parecía no hallarse muy a gusto en aquel ambiente, y luego siguió—: yo diría que hasta una buena parte de nuestras reacciones típicas. Amor, celos, odio… Pero, de todas formas son unos auxiliares de valor inapreciable y, sobre todo, fieles y eficientes en grado sumo.

—Vuestra civilización debe de ser adelantadísima cuando habéis llegado a fabricar tales maravillas, profesor —exclamó con toda sinceridad Wokan.

Y, como para convencerse de ello, avanzó un par de pasos hacia la inmóvil y huraña Eva, cuyo mal humor era manifiesto.

Alargó su mano, tratando de tocar la desnuda «piel» de su brazo, pero no llegó a consumar el movimiento.

—¡No me toque, conde de pacotilla! —estalló, furiosa, la muchacha.

Wokan, lleno de asombro, con la boca abierta de par en par, retrocedió.

Luego enrojeció violentamente.

—De no hallarse presente mi princesa, castigaría como se merecen esas palabras —dijo, airado.

—¿Castigar? —rio nerviosamente Eva—. ¿Qué ibas a hacer tú, esperpento cargado de pergaminos?

—¡Eva! —chilló, azoradísimo y lleno de ira a la vez, el profesor—. Repórtate, o te despojo de tu batería atómica.

—¡No me da la gana! Éstos son unos chiflados y ella también, que

están tratando de engañarle y tomarle el pelo como a un chino. Ni hay tal princesa que valga, ni éstos son…

Bramando de cólera, Crandon avanzó hacia mi colega. Alzó la mano.

—Te voy a...

—¡No me toque, profesor! Recuerde quién soy y el papel que desempeño a bordo de la «Santa Fe».

—Como ser —barbotó Crandon, hirviendo de cólera—, no eres más que un «robot». Te lo he dicho y repetido cien veces. Y en cuanto al papel que desempeñas, no es más que el de una persona grosera, que carece por completo del sentido de la urbanidad. Ahora mismo te voy a encerrar bajo siete llaves y no saldrás de tu cámara hasta que yo lo disponga.

—Se enfrentará con una Corte Marcial en cuanto regresemos a la Tierra, profesor —le amenazó Eva.

Los forasteros contemplaban absortos la áspera discusión.

—Yo no soy ningún militar ni tampoco acepté una misión de guerra. Lo que tengo que hacer está dentro del campo científico, y eso es lo que únicamente haré y de lo que responderé ante mis superiores. ¡Vamos!

Eva permaneció un momento inmóvil, desafiándole con la mirada. El profesor tuvo que repetir la intimación.

—No me obligues a emplear la violencia; de lo contrario, acabarás lamentándolo.

Con un suspiro de rabia mal contenida, que dilató su esbelto seno, Eva dio dos pasos hacia adelante. Al cruzar frente a Lyria, la miró de arriba abajo, con hondo desprecio.

—¡Princesa...! —farfulló—. ¡Princesa... puah...! ¡Ni en Hollywood te querrían como extra a precio de saldo!

Un momento después, el profesor regresaba con una llave en la mano. Miró a Lyria.

—Te suplico olvides el incidente y me perdones la parte de culpa que pueda tener en ello, Lyria.

Los colores volvieron a surgir en el hermoso rostro de la princesa.

—Ya lo he olvidado, Lars. No obstante, te ruego que, en un momento más adecuado, examines o hagas examinar los mecanismos de ese «robot» tan estúpido. Debe tener algún circuito averiado y esto es lo que le impulsa a portarse de tan estúpida manera.

—Así lo haré, en el momento oportuno. Y ahora, Lyria, creo que una cosa muy buena sería reparar nuestras fuerzas mediante una alimentación adecuada. Especialmente, Gellod y Wokan lo estarán necesitando con toda urgencia. ¡Kabé!

Me incliné ceremoniosamente, con toda seriedad, y me fui hacia la cocinita de la astronave, dispuesto a preparar cena para cuatro, en tanto que el profesor se quedaba charlando con la princesa y sus amigos.

Afortunadamente, la despensa de la nave estaba bien provista y podía resistir el aumento de consumo que las tres nuevas bocas le proporcionaban. Cuando empecé a servir la mesa, vi a Crandon embobado ante Lyria, cayéndosele la baba o poco menos.

—¡Diablos! —pensé para mis circuitos—. Esto camina a marchas forzadas. Como me descuide, voy a ser el primer «robot» con título nobiliario. ¿Eh, Kabé? ¿Qué te parecería el Gran Ducado de la Electrónica? No estaría mal, ¿verdad?

El viaje prosiguió, ya sin más incidencias. Marchamos a velocidad de crucero, sepultándonos cada vez más en la negra fosa del espacio exterior del sistema, avanzando hacia las distantes estrellas, cuya posición aparente en el cielo no parecía cambiar jamás. Era ya el decimocuarto día después del encuentro con los nobles, cuando el radar señaló una masa en el cielo, frente a nosotros.

La verdosa pantalla nos indicó que era un cuerpo celeste el que teníamos en nuestra órbita.

—¿Será el Décimo Planeta? —preguntó el profesor, muy excitado.

—No cabe otra respuesta, jefe —le contesté—. Demasiado sabe que, a partir de Plutón y hasta la constelación del Centauro, el espacio está vacío. Luego, si hay un mundo, éste no puede ser otro que el que buscamos.

Con ojos brillantes por la excitación, el profesor me miró.

—¿Te das cuenta de la importancia que para mí y mi futura carrera tiene este descubrimiento? Acaso le den mi nombre, Kabé. ¡Crandonia!

Sería estupendo, ¿no?

—Sería una chiripa, profesor —dije, aguándole la fiesta—. Como si no quedaran nombres en el calendario mitológico. Ya le llamarán Héctor o Aquiles, o algún nombrecito griego por el estilo. Pero, Crandonia..., ¡ni lo sueñe, patrón!

El profesor torció el gesto.

—Cualquiera diría que te sabe mal —refunfuñó.

—No; pero trato de evitarle una futura decepción. Y, ya que lo tenemos a la vista, ¿qué tal si soltáramos a la chica?

—¡Ni hablar! —contestó Crandon enérgicamente.

—No olvide que, oficialmente, es el capitán de la nave.

—La desposeído un centenar de veces de su cargo.

—Pero sin autoridad para ello, jefe. No tiene aquí a ningún miembro del Gobierno Central que confirme tal decisión. Al contrario, si se supiera, podrían calificar su actitud como de motín.

—Vaya, un segundo Bounty, ¿eh, Kabé?

—No tanto, profesor, pero el caso es muy parecido. En el Bounty, el capitán Bligh se excedía a veces en sus rigores, pero aquí Eva no ha hecho más que expresar sus opiniones, no muy corteses, según se mire, pero nada grave, desde luego.

—Se nota que procedéis de la misma cueva, Kabé —gruñó malcontento el profesor—. Está bien, está bien; ve y tráela. Pero adviértela que si abre el pico sin autorización, la rebanaré el pescuezo.

—¿Con una lima, jefe? —le guiñé el ojo y tomé la llave que me arrojaba al vuelo.

Fruncido el ceño, Eva vino junto a la cámara, contemplando durante largo rato, en el mayor de los silencios, las pantallas de radar. Luego ordenó:

—Profesor, suba arriba a su observatorio. Sería conveniente un poco de observación telescópica.

—Me parece una buena idea —dijo Crandon, apagado momentáneamente su rencor.

Lyria había venido hacia nosotros y se colgó de su brazo.

—¿Te importa que vaya contigo al observatorio, querido?

Crandon sonrió, abriendo la boca de oreja a oreja.

—Encantado, Lyria, encantado.

Cuando hubieron desaparecido, Eva, aprovechándose de que Gellod y Wokan no estaban, sacó la lengua en dirección a la escalerilla que conducía al observatorio. Luego imitó la voz y los ademanes del profesor.

—Encantado, Lyria, encantado —repitió, imitando un ridículo contoneo que provocó el disparo de mis lámparas de risa.

Pero luego la chica endureció el gesto.

—Todos los hombres son iguales; en cuanto ven a una idiota que les sonríe y les pone los ojos tiernos, se vuelven locos. ¡Princesa... de las crispetas de maíz! —concluyó despectivamente.

—Circunspección, Eva, circunspección. El profesor se ha chiflado por la princesa y...

—Di más bien por el señuelo del título. ¡Su Alteza Real el Príncipe Lars! ¿Eh, qué te parece eso para un triste miratelescopios?

—Eva, te auguro un mal final si no reprimes tus celos. Te veo convertida en chatarra y...

—¡Vete al cuerno! —masculló la «muchacha», la cual acto seguido se volvió hacia el intercom, moviendo el dial que la pondría en contacto con el profesor.

—Crandon —dijo—, si no tiene inconveniente, me gustaría me dijera qué es lo que se ve desde ahí arriba.

Nuestro telescopio era de gran potencia, aunque, por supuesto, no tanto como el que habíamos dejado en Monte Hadley. No obstante teníamos a nuestro favor la proximidad del Décimo Planeta, y la respuesta no se hizo esperar mucho.

—Estoy un poco desconcertado, Eva —se oyó la voz del profesor—. Desde aquí se divisa un globo muy grande, resplandeciendo de una forma algo difusa. No sé a qué se debe tal circunstancia...

—¿Qué tamaño tiene?

—Pues... yo juraría, haciendo un cálculo aproximado, que debe ser como el nuestro. Pero no puedo asegurar nada en tanto no lo haya observado un poco mejor.

Los ojos de Eva brillaron. Estoy seguro de que en aquellos momentos pensaba: «Si no das de lado a esa tonta, no podrás observar nada que no sean sus ojos», pero tuvo la suficiente fuerza de voluntad para callar. Continuó pilotando la nave con su acostumbrada eficiencia y, tres días más tarde, colocó la «Santa Fe» en posición de aterrizaje.

CAPÍTULO VIII

Por regla general, una nave como la nuestra, no suele aterrizar. Permanece siempre en el espacio, estacionada junto a una Base Orbital o Estación Espacial, como quiera llamársele, desde donde se la aprovisiona por medio de cohetes supra estratosféricos, en los cuales van y vienen sus tripulaciones, así como los expertos que revisan y reparan sus mecanismos.

La «Santa Fe» tenía el aspecto de una colosal pesa de gimnasia, con las esferas en sus extremos, separadas entre sí por una barra longitudinal de casi cien metros, con objeto de evitar las mortíferas radiaciones de los motores atómicos. En una de las esferas, la más pequeña, están los alojamientos para la tripulación y todos los instrumentos. En la otra se hallan los poderosos motores que impulsan a la astronave, con terrible fuerza, por los espacios siderales. Hay una puerta, entre medio, que no debe franquearse nunca, sellada, precintada, la cual separa nuestras vidas del infierno atómico que late ininterrumpidamente a cien metros de nosotros y que sirve para pasar, a quien va provisto de trajes aislantes, hasta cierto punto, desde el cual, por control remoto, pueden efectuarse determinadas reparaciones en el sistema de impulsión, en caso necesario. Esto, naturalmente, se hace en el vacío, ya que cualquier error podría precipitar la velocidad de la reacción nuclear y provocar un feroz estallido, superior incluso a las bombas más potentes.

Pero, a pesar de todo, nuestras naves, por medio de un ingenioso dispositivo, pueden tomar tierra en planetas de gravedad tipo terrestre

o inferior a ésta, claro está a costa de consumir ingentes cantidades de energía. No obstante, como nosotros teníamos que saber todo lo posible acerca del Décimo Planeta y de los misteriosos personajes que en él vivían, teníamos que tomar contacto con su helada superficie, sin importarnos poco ni mucho el combustible que consumiéramos. A fin de cuentas, lo teníamos de sobra.

¿He dicho helada superficie? Sí, ésa es la palabra exacta.

Alejada a más de siete mil millones de kilómetros de nuestro sol, el cual se veía a lo lejos como un punto rojizo, no mayor que un guisante, todo cuanto había sobre la capa exterior del Décimo Planeta estaba helado. Si tenía atmósfera, no podíamos predecirlo en tanto no hubiéramos realizado un detenido análisis de sus componentes, y esto nos llevaría un lapso de tiempo demasiado largo. No podíamos entretenernos tanto rato.

Al ver la grisácea blancura del planeta, comprendí por qué el profesor se había asombrado del brillo del planeta.

Los rayos del sol se recibían allí con muy poca fuerza, pero los blanquísimos hielos la reflejaran en todas direcciones, aumentando así su poder luminoso. No obstante, el «día» allí era de una intensidad similar a la de un crepúsculo terrestre, pero ya en su final, en los minutos precedentes a la noche, de modo que el panorama, en medio de todo, era harto deprimente.

Sin embargo, poseía una salvaje grandiosidad. Colosales masas de gases congelados a bajísimas temperaturas, formaban bloques enormes, elevándose, en ocasiones, como inmensos farallones, a alturas inconcebibles, verticalmente, sin un solo saliente, aunque sí surcados por numerosas grietas que alcanzaban toda su longitud. Algunos de ellos se perdían en la difusa oscuridad que se extendía a un par de centenares de metros del punto en que, una vez desembarcados de la «Santa Fe», nos hallábamos.

Durante unos minutos, permanecimos allí todos, en absoluto silencio, embutidos en los trajes que nos aislaban del tremendo frío que allí reinaba, contemplando con muda admiración la colosal belleza del paisaje, jamás visto antes por ningún ser viviente. Humanos y «robots» nos sentíamos incapaces de hablar.

A corta distancia de nosotros, tendida, inmóvil en el gélido pavimento, se hallaba la nave, sostenida por un singular tren de aterrizaje, consistente en media, docena de cortas patas, dos en cada esfera y

otras dos en el centro de su única brazo, pareciendo, de tal guisa, un extraño y gigantesco insecto. Sobre el punto en que nos hallábamos, un vertical muro de hielo, cuya elevación no me molesté siquiera en calcular, elevaba su mole que acababa perdiéndose en la obscuridad que reinaba por doquier.

El profesor había calculado bien. «Crandonia» era de un tamaño terrestre, juzgando sobre todo por la acción de la gravedad, similar en todos sus efectos a la de nuestro viejo mundo. Aunque después de tantos días de sentirnos ingrávidos, nos costaba movernos un poco, ello no constituía obstáculo de mayor cuantía.

Sin embargo, fue preciso sustraernos al encanto que nos dominaba. Eva, la impaciente Eva, fue la primera en hablar.

—Bien, supongo que no nos vamos a pasar toda la vida aquí, ¿verdad? Es preciso hacer algo, digo yo.

Crandon la miró pensativamente a través del grueso cristal de su escafandra.

—¿Qué es la que debemos hacer, monada?

La chica no se dio por aludida. Se encogió de hombros, diciendo:

—¡Qué sé yo! Explorar los alrededores de la nave, ver si hay signos de vida humana... en fin, cualquier cosa menos perder el tiempo tan lamentablemente como hasta ahora.

—Bueno, bueno, basta de refunfuños. Yo...

Crandon calló súbitamente. Al momento, yo, como «robot» precavido, eché mano del arma.

Pero no me hizo falta usarla. Crandon no se alarmaba por la insólita presencia de un inesperado enemigo. En realidad, no estaba alarmado, sino más bien asombrado. Y todos nosotros con él.

Cubriendo el negro espacio con su colosal mole, un gigantesco globo avanzaba hacia nosotros. Negro, recogiendo en su circular bandeja las estrellas para soltarlas después, el nuevo planeta avanzó hacia nosotros.

—¡Ca... ramba! —exclamó el profesor, hecho un puro lío.

Los demás también dijeron algo.

—Es bien extraño esto —dijo Eva, muy pensativa—. ¿Otro planeta por estos alrededores? ¿Cómo no lo vimos antes?

El profesor no contestó, por el momento. Toda su atención estaba absorbida por el nuevo fenómeno. Aquel nuevo mundo parecía dirigirse en línea recta hacia nosotros, a una velocidad fantástica; ganando terreno a cada segundo que transcurría.

—¡Se va a estrellar contra nosotros! —gritó uno de los nobles, empavorecido—. ¡Huyamos antes de que sea tarde!

Crandon recobró en un instante toda su serenidad y calma.

—No hay peligro, por ahora. Éste es un planeta, cuya órbita le lleva a circular muy cerca del que nos hallamos, y ha sido una casualidad que nos encontremos aquí en este momento tan preciso. Lo menos pasará a trescientos mil kilómetros de distancia. Parece que quiera echársenos encima, pero esto es sólo una ilusión óptima.

Así era, en efecto, y Crandon tenía razón. Lo que ocurría, lisa y llanamente, era que venía del fondo del cielo, y su negra silueta, circular, crecía por momentos.

—Esto —dije—, me parece una cosa curiosa, y debe de ocurrir sólo una vez cada veinte años o más. El planeta que se nos acerca debe de tener una órbita muy excéntrica, de largas ramas, que se debe de perder casi en el infinito.

—Creo que es así —repuso meditabundo el profesor—; lo que pasa es que nosotros hemos llegado en el instante más oportuno. Kabé, sería una cosa muy útil que lo dispusieras todo para tomar unas cuantas fotografías en distintos puntos de su órbita, con el fin de calcularla más adelante. ¡Dios mío, qué velocidad tan terrible lleva!

En su vertiginosa marcha, aquel mundo desconocido se nos iba acercando más y más. Estaba ya casi en el punto de la mínima distancia y el tiempo de que disponíamos para la observación no era mucho, así es que di unos cuantos pasos hacia la «Santa Fe», disponiéndome a prevenir todo lo necesario.

Pero, de pronto, ocurrió lo inesperado.

El suelo tembló bajo nuestros pies, bramando sordamente.

Nos miramos unos a otros, llenos de una natural y lógica aprensión. El suelo volvió a estremecerse.

El sonido no se oye en un espacio sin aire, pero llegaba a nosotros a través de un cuerpo sólido, como eran los gruesos zapatos del traje de vacío. Cuando uno no quiere utilizar la radio para hablar con otra persona, le es suficiente poner en contacto las escafandras, y éstas transmiten el sonido con tanta perfección como los aparatos de radio, sin el peligro del lejano alcance de éstos.

Algo parecido nos ocurría a nosotros. Hubiera bastado estar a dos centímetros del suelo para no percibir ninguno de aquellos fatídicos sonidos que ponían hielo en la sangre de los humanos y a Eva y a mí hacían vibrar siniestramente todos nuestros circuitos.

—¿Qué diablos…? —empezó a gritar el profesor y entonces el suelo se abrió, dejando ver, con el horrísono silbido que hubiera producido una colosal pieza de seda al rasgarse, una colosal grieta, cuyos principio y fin no podían adivinarse.

Eva lanzó un agudo chillido al fallarle el suelo bajo sus pies. Vaciló, agitándose frenéticamente, braceando con desespero, y se hubiera hundido en el negro abismó que se abría, a no ser por la oportuna intervención de Crandon. El profesor tiró de ella, apartándola del peligro.

—¡Aquí no estamos bien! —gritó—. Corramos; la astronave es el único lugar seguro, a cien mil kilómetros de este punto.

Pero no pudimos dar cien pasos siquiera. El suelo hirvió literalmente bajo nuestros pies. Bloques enormes se alzaban, puntiagudos, hacia el cielo, en tanto que otros se deshacían en medio de fragorosos estallidos o rodaban lentamente hasta ser devorados por la insaciable grieta, cuya anchura y profundidad crecían y crecían sin parecer tener término nunca. Una grisácea espuma, debida al hielo pulverizado, empezó a dificultarnos la visión.

Me di cuenta de que, por un detalle afortunado, la grieta se había abierto justamente bajo el brazo de la «Santa Fe», de modo que la nave había quedado sostenida por las patas de ambas esferas. Aparentemente, no había sufrido ningún daño, a pesar de que más de un trozo de hielo había impactado contra diferentes puntos de sus superestructuras blindadas.

Pero nos costaba mucho llegar hasta ella. El suelo temblaba y temblaba, derribándonos con violencia, golpeándonos, hundiéndonos, impidiendo, en suma, nuestro avance. Era un colosal terremoto, de una violencia indescriptible. Parecía como si el Décimo Planeta fuera

un ser vivo y la presencia de unos extraños en él lo hubiera enloquecido.

Afortunadamente, nos habíamos separado de la «Santa Fe» para dar un paseíto por la superficie de aquel mundo y, afortunadamente, también, no logramos alcanzarla. El ronco bramido del terremoto aumentó hasta extremos insoportables.

De pronto, uno de aquellos farallones, el que estaba situado justamente encima de la nave, osciló. Eva y Lyria gritaron al unísono, destrozando nuestros auriculares.

Un lienzo entero de hielo, de más de trescientos metros de alto, por casi otro tanto de anchura y de grosor, empezó a caer. En un segundo me di cuenta de que aquella mole, cuyo peso podía calcularse en cientos de millones de toneladas, iba a aplastar a la «Santa Fe».

Frené mi marcha en seco. Me abalancé sobre el profesor, cogiéndolo casi en brazos.

—¡Huyamos, jefe! —grité, pero él se desasió.

—No; tú coge a Eva. Yo lo haré con Lyria.

Cada uno de nosotros se apoderó de las respectivas féminas. Gellod y Wokan, más que correr, volaban.

El suelo se estremecía horriblemente. Sufríamos frecuentes caídas, pero en nuestro ciego frenesí por huir, nos incorporábamos al instante, sin reparar en los golpes que recibíamos. Alabé mentalmente la solidez de nuestros trajes, que lo resistieron todo.

Aquello parecía un infierno blanco, una pesadilla de hielo. Finalmente, el muro se abatió sobre la nave.

Colosales fragmentos de materia congelada volaron por los aires en el momento del choque, estruendoso más que mil cañones disparando a la vez. El estremecimiento del trozo de la superficie en que nos hallábamos fue tan grande, que nos arrojó a gran distancia a unos de otros.

Entonces ocurrió algo horripilante, espantoso, algo que espeluznó todas mis válvulas.

Gellod había conseguido mantener el equilibrio milagrosamente y huía a toda la velocidad que podía imprimir a sus piernas. Un enorme

bloque de hielo, del tamaño de una casita de campo, voló fulgurantemente hacia él.

Tomándolo por la espalda, lo impulsó hacia adelante. Un segundo oímos en nuestros receptores su desgarrador grito; en el segundo siguiente, el desgraciado Gellod quedó prensado entre otro pedazo de hielo que se opuso al avance del primero. Trozos menores de aquella materia, algunos de ellos manchados de escarlata, volaron en todas direcciones, esparcidos como una metralla de nuevo género.

El colosal cataclismo duró un rato que aun entonces no pude precisar. No soy un humano, soy un «robot», mas, sin embargo, cada vez que recuerdo aquello me parece estar viviendo la más espantosa de las pesadillas.

Poco a poco, el ruido fue esfumándose y el suelo aquietando sus frenéticos movimientos. Al fin, el silencio, un espantoso silencio, toda vez que estaba en contraposición con el anterior estruendo, cayó sobre aquel lugar.

Entonces me di cuenta de una cosa.

—¡El planeta! —grité, y todos miraron en aquella dirección que señalé.

Aquel colosal globo, de dimensiones diez veces mayor que la Tierra, había desaparecido casi de nuestro campo de visión, convirtiéndose en una esfera negra, no mucho mayor que la Luna vista desde nuestro mundo. Teniendo aún por la mano a Lyria, el profesor se incorporó.

—No ha sido un terremoto lo que ha ocurrido —exclamó—. Bueno, sí lo ha sido, pero...

Sentada en un saliente, Eva le increpó:

—Será mejor que se explique, profesor —rezongó.

—No ha sido estrictamente terremoto, como los que se producen en nuestro planeta, causados por las fuerzas internas del mismo. Aquí, por el contrario, han sido otras fuerzas, exteriores, las que han causado la catástrofe.

—Entiendo —dije—. La atracción de ese planeta, ha provocado una marea en la superficie del que nos hallamos.

—Eso es. También la fuerza gravitatoria de la Luna provoca mareas en

los océanos terrestres. Pero es un astro infinitamente más pequeño que el que hemos visto, y por lo tanto, su atracción es infinitamente menor. Aquí el suelo se movió, porque fluctuaba entre dos fuerzas, la del Décimo Planeta y la del otro que ya casi no se ve.

Eva se encogió de hombros.

—Me da lo mismo —dijo—. Lo que yo me pregunto ahora es: ¿cómo nos las vamos a apañar para salir de aquí?

La inesperada pregunta de Eva nos dejó sin habla. Ocupadas nuestras mentes con las explicaciones del profesor, embargado el ánimo de todos con la espantosa muerte de sir Gellod, nadie se había preocupado de aquel detalle que carecía en absoluto de sencillez y que, por lo mismo, era primordial. Dígase como se diga, el hecho era uno solo e irrebatible además: la «Santa Fe» había sido destruida, y con ella todas nuestras esperanzas de salir de allí.

Particularmente, a mí no me importó mucho. Yo no usaba oxígeno en mi traje de vacío, aunque llevara a la espalda las correspondientes botellas. Pero ni éstas, ni las de los humanos, podían durar eternamente. Por otra parte, las pilas eléctricas que proporcionaban calor a nuestras vestiduras espaciales, se agotarían y entonces, si no habíamos muerto de asfixia, morirían de frío. Y a mí no me iría mucho mejor: mis mecanismos se me congelarían y…

El silencio, otra vez el silencio, pleno de consternación y pesimismo, se abatió sobre nosotros. Los humanos no se atrevían a hablar por no gastar siquiera el oxígeno.

Repentinamente, Eva se puso en pie. Echó a andar, muy decidida.

—¿Eh, tú, adónde vas? —la llamó Crandon, sentado al lado de la princesa.

La muchacha se volvió un instante.

—Lejos de aquí, profesor.

—¿Qué de malo tiene este sitio, ahora que ha pasado todo?

El pulgar de Eva señaló hacia el inmenso montón de escombros formado por el derrumbamiento del muro helado.

—Eso —dijo simplemente.

—No te entiendo —meneó la cabeza el profesor.

—Yo sí —dije de pronto—. Vámonos, jefe. Aquí corremos peligro. Eva tiene razón.

—¡Vaya, ya salió el robot en defensa del robot! —me increpó con amargo sarcasmo el profesor—. Kabé, te creía más fiel a mi persona.

—Por eso lo hago, jefe. En cualquier momento podemos volar en pedazos y, francamente, la perspectiva no me hace la menor gracia. Debemos largarnos de aquí y cuanto antes lo hagamos, mejor para todos.

—¿Te explicarás de una vez? —exclamó furioso el profesor.

Eva me ahorró el trabajito.

—Debajo de esa mole de gases congelados —dijo—, hay unos motores atómicos destrozados, cuyo estado de fusión ignoramos ahora. Puede que no ocurra nada, pero puede que sí, y en este caso...

Eva hizo un gesto gráfico con ambas manos. Crandon movió la cabeza afirmativamente.

—Ya entiendo —dijo al cabo—. El calor de los motores puede fundir el hielo. Éste pasará al estado líquido y luego al gaseoso. No sabemos qué clase de gases hay aquí. Pueden reaccionar y...

—Aún sería más fuerte la explosión entonces, ¿comprenden? —asintió Eva.

No hizo falta más; acicateados por el temor del estallido, que, si llegaba a ocurrir sería colosal, como jamás nadie pudo suponerse, echamos a correr, alejándonos de aquel siniestro lugar.

Poco más o menos, el panorama era igual por todas partes. Hielo, hielo y más hielo, en mil diferentes y caprichosas formas, era todo cuanto podíamos ver. Afortunadamente, hablamos aterrizado en el hemisferio iluminado por el sol, y ello nos permitía cierto grado de visión. Pero me estremecí solamente de pensar en lo que pasaría cuando llegara la noche en aquel planeta de infierno.

De mis lucubraciones, cuatro horas más tarde, me sacó un grito espantoso:

—¡Los «droks»! ¡Nos atacan!

CAPÍTULO IX

NO había nada que hacer. Cualquier intento, no ya de evadirnos, sino de defendernos, estaba condenado de antemano al fracaso. Había lo menos cuatro centenares de aquellos horribles bichos revoloteando por encima de nosotros y, aunque hubiéramos muerto a la mitad, los restantes nos habrían aniquilado, sin posibilidad alguna de salvación para nosotros.

Volaban de una forma singular, en círculo, pero un círculo muy espeso, en el que únicamente destacaban, en aquel siniestro y perenne atardecer, los fulgurantes discos de sus únicos ojos. Mi memoria mecánica me hizo recordar los antiguos aviones de combate, volando en círculo antes de decidirse picar y atacar en vuelo rasante al enemigo.

Lyria se retorció las manos con desesperación.

—¡No hay nada que hacer, no hay nada que hacer! —clamó, sollozando.

El profesor le rodeó el talle con su tarazo, sacando la pistola fotónica al mismo tiempo.

—Son ganas de perder el tiempo, jefe —le recomendé—. Estos bichos no parecen, al menos por ahora, tener intenciones agresivas. Yo creo que lo mejor es esperar.

—Esperar, ¿a qué, Kabé? —tronó Crandon—. ¿A que nos maten como corderos? No entra eso en mis planes. Antes que dejar que Lyria caiga prisionera...

Ella le sonrió a través de sus lágrimas.

—Déjame, Lars —le suplicó—. Quizá, teniéndome a mí en su poder, os respeten la vida a vosotros. Déjame, Lars, déjame.

—¡Hombre, pues no sería mala idea! —rezongó sarcásticamente Eva. Crandon la arrojó una mirada asesina.

Ella rio con toda desfachatez, olvidada del inminente peligro que se

cernía sobre nosotros.

Los «droks» continuaban girando sobre nosotros, pero ahora la altura iba disminuyendo paulatinamente. Era evidente que temían nuestras armas y no se decidían a lanzarse a un franco ataque. Y, por lo que a nosotros se refiere, emprender la huida era algo quimérico, un mal sueño. Antes de haber dado dos pasos, aquellos seres, capaces de volar a velocidades de espacionave, nos habrían alcanzado.

La situación se mantuvo así, en una especie de «statu quo», durante cinco minutos, poco más o menos. En cierto modo, ya empezábamos a impacientarnos cuando, de pronto, en el interior de nuestros cerebros resonó, clara, perfectamente inteligible, una enérgica intimación.

—Entregaos. Entregaos y no os sucederá nada. Prometemos respetar vuestras vidas si no intentáis ningún gesto agresivo contra nosotros.

Nos miramos mutuamente, como consultándonos con la vista. Súbitamente, lleno de una justificada rabia, Wokan arrebató la pistola fotónica de manos del profesor y alzó la mano.

Yo fui más rápido que él. Cargando con el hombro, lo derribé en el suelo, al mismo tiempo que un chorro de fotones, liberados de su encierro, deshacían un grueso bloque de hielo.

Wokan lanzó un rugido de rabia.

—¡Maldito «robot»! —aulló, y trató de disparar contra mí.

Pero no había contado con mis colosales fuerzas, no puestas de manifiesto hasta entonces. Con toda facilidad le retorcí la muñeca hasta que los huesos le crujieron espeluznantemente. Sus gritos de rabia se transformaron en berridos de dolor, y la pistola cayó al suelo. Me apoderé de ella, y la guardé de forma vistosa para que mi ademán fuera apreciado por los «droks».

—Ellos —dije— nos han ofrecido una especie de armisticio. No perdemos nada con aceptarlo.

—Son unas fieras. Nos matarán a todos.

—No sé por qué me parece que si han prometido no hacernos daño, cumplirán su palabra. Fieras o no, ellos han sido los primeros en tender la mano y yo no voy a ser el último en estrechársela.

—Máquina tendrías que ser para no traicionar a los humanos que te

construyeron —barbotó el noble.

Me eché a reír.

—Me parece que si vos, señor Wokan, tenéis que ganaros la vida construyendo máquinas como yo, ya podéis buscar un sombrero viejo y la puerta de una iglesia. Para pedir limosna, ¿entendéis?

Acto seguido, y desdeñándolo por completo, giré en redondo. Alcé la cabeza y procuré transmitir un mensaje telepático, forzando mis circuitos.

—De acuerdo, muchachos —«dije»—. Aceptamos vuestras condiciones y esperamos sepáis hacer honor a vuestra palabra.

Da nuevo volvió a sonar en mi cerebro la voz que había oído antes.

—Un «drok» sólo tiene una palabra. Si no hacéis ningún intento agresivo contra nosotros, podéis consideraros fuera de peligro.

—Está bien —repuse—. Y ahora, ¿qué es lo que vais a hacer?

—Llevaros a nuestro mundo. Os transportaremos en nuestros tentáculos.

Un grito de repugnancia, femenino sin duda alguna, pero cuya dueña no supe identificar, sonó claramente en mis oídos.

—¿Es que nos vais a llevar a través del espacio? —inquirí asombrado —. Tened en cuenta que nuestra reserva de, oxígeno no puede durar mucho.

—Todo ello está previsto. Ahora... os rogamos un poco de paciencia.

—¡Yo no quiero ir con los «droks»! ¡Yo no quiero ir con los «droks»! —chilló Eva, un tanto infantilmente, pero se calló en el acto cuando le solté un bufido.

—¡Idiota! Cállate de una vez. Si no quieres venir, quítate tu pila atómica, pero deja de darnos la murga... ¿Eh...?

Mientras que reprendía a Eva, los «droks» se hablan dejado caer sobre nosotros. Me sentí suspendido en el aire, en tanto que el helado suelo se alejaba de mí. Y a los demás les ocurrió lo propio.

Era un solo «drok» el que me había tomado entre sus gruesos tentáculos, pero con tanta suavidad como una madre coge a su hijito.

No sentí la menor presión, pero, sin embargo, procuré evitar mirar a aquel ojo que me parecía tan siniestro y que ahora tenía tan próximo a mí.

Los otros fueron suspendidos del mismo modo. Eva pateó y chilló histéricamente, mas todos sus esfuerzos fueron vanos. Los monstruos ganaron altura, tanta, que perdimos de vista la superficie del planeta, y luego se lanzaron con fulmínea velocidad en dirección hacia lo desconocido.

A veces, durante nuestra marcha, puntiagudas masas de hielo surgían ante nuestros ojos, para desaparecer en un segundo. Como si los «droks» tuvieran radar dentro de su cuerpo, las esquivaban aun antes de que nosotros pudiéramos verlas, de modo que no ocurrió nada durante el viaje, que se prolongó durante un par de horas más.

Al cabo de este espacio de tiempo, noté que el «drok» que me transportaba disminuía su velocidad, al mismo tiempo que perdía altura. Casi antes de que me diera cuenta de ello, la negra abertura de un túnel surgió ante nuestros ojos, destacando claramente en la grisácea penumbra del hielo.

Sin vacilar, el «drok» se lanzó por la abertura. La noche nos envolvió instantáneamente y durante un buen rato continuamos así. De pronto, me pareció ver una luz a lo lejos.

Era un punto luminoso, apenas mayor que una cabeza de alfiler, pero que fue aumentando de tamaño rápidamente. El color de aquel resplandor era del mismo tono que la piel de los «droks»: ligeramente violeta.

Cinco minutos más tarde, el ser que me llevaba se detuvo ante un muro de vidrio o cosa por el estilo. Me depositó suavemente en el suelo, al mismo tiempo que me hacía una advertencia telepática.

—A partir de ahora podrás caminar por ti mismo —dijo.

El muro de vidrio se deslizó un instante, dejando el espacio suficiente para que nosotros cinco pudiéremos pasar. Nos encontramos ante otra pared, la cual, una vez cerrada la primera, resbaló sobre una hendidura, permitiéndonos el paso franco al otro lado.

Me di cuenta de que aquello no era otra cosa que una colosal esclusa de aire. Pero la hora del asombro no había pasado todavía.

Nos hallábamos en una especie de caverna, de colosales dimensiones,

cuyo término apenas si pedíamos vislumbrar, toda ella iluminada indirectamente, con un sistema que me pareció muy aproximado al fluorescente, bien que no pudiéramos ver las lámparas fuente de la luz. En varios puntos de sus muros laterales se veían varias aberturas idénticas a la nuestra, lo cual me hizo ver que debajo del hielo había ramificaciones que conducían a otros lugares de lo que parecía ser el mundo de los «droks».

—Podéis despojaros de vuestra vestimenta —dijo la voz en nuestros cerebros.

Y, asombrado, consulté los indicadores, dándome cuenta de que la respiración terrestre era factible y la temperatura de unos 22º. Lo primero no me importaba; yo no dependo del oxígeno para vivir; pero no me hace gracia estar en mi lugar frío, al menos en cuanto me es posible.

Habiendo obedecido, se nos ordenó avanzar. Lo hicimos, formando un medroso grupo, en la dirección que se nos indicaba. Poco a poco vimos lo que había allí.

En el lado opuesto de la inmensa caverna, no sé si natural o artificialmente abierta, vimos una especie de anfiteatro, en forma de semicírculo, con gradas ascendentes de forma progresiva. Todas ellas estaban ocupadas y llenas de una espesa masa de no menos de un par de millares de aquellos fantásticos seres.

—¡Santo Dios! —exclamó el profesor—. ¡Realmente es inconcebible, no se puede creer! ¿Duermo o estoy despierto, Kabé?

—Tiene usted los ojos bien abiertos, jefe. Esto podrá parecerle a usted una locura, pero es real y auténtico. No hay el menor engaño en lo que está viendo.

Crandon emitió un suspiro.

—Sí, Kabé; tú eres una máquina y no sueles equivocarte. Si salgo de ésta, cuando lo cuente de vuelta a la Tierra…

—¿Cómo piensa volver, profesor? —le interrumpió sardónicamente Eva—. ¿A nado?

Crandon gruñó algo despectivo para todos los «robots» en general y los de sexo femenino en particular. Pero no contestó. Al fin, unos minutos más tarde nos deteníamos en el centro del anfiteatro.

Aguardamos llenos de expectación. El misterio que nos había envuelto desde el cruce de la órbita de los asteroides iba a desvelarse por fin.

Un «drok» de colosal tamaño, mayor que ninguno de, ellos, se desprendió de la violácea masa y se detuvo a unos pasos de nosotros. Quedó «en pie», sosteniéndose en el suelo con las puntas de sus tentáculos, balanceándose levemente y escrutándonos interesadamente con su única y refulgente pupila. Al menos medía una docena de metros y, para contemplarle, teníamos que escorzar nuestras cabezas.

—Habéis matado muchos «droks», extranjeros —fue lo primero que nos espetó, con acusatoria severidad.

—Fue en defensa propia —intentó excusarse el profesor.

—¡Calla! No tenéis disculpa alguna. De sobra sabíais que nuestras intenciones eran pacíficas. No conocemos mucho acerca de vuestra raza, pero sabemos lo suficiente. Os gusta matar, robar, asesinar…

Crandon alzó vivamente la mano.

—¡Un momento, un momento, amiguito! Me parece que patinas.

De haber tenido rostro humano el «drok», habría hecho sin duda una mueca de extrañeza.

—¿Patinas? ¿Qué es eso, extranjero?

—Que te has equivocado, «drok» —contestó con entereza el profesor —. Nosotros no sabemos nada acerca de vosotros. El primer contacto que tuve con un «drok» fue el ser apresado por uno de sus tentáculos. Si mis amigos no andan listos, me liquida allí mismo.

—Habíais invadido un terreno que no era vuestro.

—De eso habría mucho que hablar, amiguito. De todas formas, convendrás conmigo en que vuestras intenciones no eran más amistosas que las nuestras. Intentasteis apoderaros de nuestra nave. ¿Qué íbamos a hacer nosotros? ¿Dejarnos degollar como pollitos?

El «drok» pareció recapacitar unos segundos. Luego dijo:

—Nosotros vivíamos felices y tranquilos en este planeta. Vino gente de vuestra raza y, al descubrirnos, nos atacaron. Nosotros nos presentamos a ellos en plan amistoso y, en lugar de entablar cordiales relaciones con nosotros, nos tomasteis como enemigos desde el primer

momento.

—¡Naturalmente! —intervino entonces, con muy poca oportunidad, Wokan—. Cualquiera, al veros con esa pinta, se siente animado a charlar del tiempo con vosotros.

¡Zas! El largo látigo de uno de los tentáculos del «drok» se agitó, culebreando un segundo en el aire, golpeando duramente el pecho del charlatán. Wokan palideció espantosamente, viéndose a cuatro pasos de la muerte.

—Si vuelves a hablar, haré que te estrangulen —dijo airado el «drok».

Yo me prometí tener bien cerrada la boca de ahora en adelante.

Eva soltó una risita de hirientes tonos. Crandon la miró, frunciendo el ceño.

El «drok» prosiguió con su relato:

—Vivíamos aquí tranquilos, sin preocuparnos de las demás razas del firmamento. Sabemos que hay otros mundos habitados, entre ellos el que algunos de vosotros llamáis Tierra. Jamás hemos intentado entablar relaciones con sus habitantes; con vivir en nuestro planeta nos damos por satisfechos.

Crandon alzó la mano con el mismo gesto que el alumno interrumpe al profesor.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Hazla —dijo secamente el «drok».

—Vosotros podéis vivir en el vacío, y ya me supongo que ello es debido a vuestra peculiar constitución física. Sin embargo, cuando os atacamos con el oxígeno, muchos de los vuestros murieron. ¿Cómo es, pues, que ahora, en esta atmósfera respirable, no sufrís el menor daño?

—Es debido a los rayos que emiten nuestras lámparas, las cuales nos proporcionan, además de luz y calor, el necesario alimento para vivir, haciendo inofensivas las moléculas de oxígeno que, en otras condiciones, nos resultan fatales.

—¡Ah! —dijo solamente el profesor.

El «drok» prosiguió:

—Hace ya algún tiempo vinieron otros seres, idénticos a los terrícolas, quienes, en principio, fingieron ser amigos nuestros. Les enseñamos todos nuestros secretos, confiados en la bondad de que hacían gala. No muy a gusto precisamente; pero, puesto que parecían pacíficos, no teníamos por qué atacarlos ni dar nosotros el primer golpe. Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que aquellos individuos traicionaran la confianza que en ellos habíamos depositado.

—¡Caramba! ¡Eso resulta la mar de interesante! —comenté, tapándome la boca casi en el acto.

—¿Quién es ése? —preguntó el «drok».

Crandon se lo explicó. Casi pude palpar el asombro del monstruo al enterarse de que yo era una máquina. Alargó uno de sus enormes brazos, con el cual me recorrió buena parte de mi cuerpo, como si quisiera convencerse, al tacto, de las palabras del profesor.

—Me estás engañando —dijo al fin, con toda severidad.

—Kabé, demuéstrale que no he mentido.

—Sí, jefe —suspiré, y unos minutos más tarde tenía las tripas metálicas al aire y la tapa de mi pecho en la mano.

El «drok» no pudo ocultar su sincero asombro al ver aquella maravilla. En tanto que volvía a cubrir la abertura, dijo:

—Debéis pertenecer a alguna raza muy adelantada para ser capaces de construir cosas tan estupendas.

Y era sincero.

Crandon se echó a reír.

—Desde luego. Pero aún no os hemos podido igualar a vosotros.

—No te entiendo.

—La telepatía. Ese modo tan maravilloso de comunicarse con la mente, sin necesidad de emplear sonidos.

—Ah, sí, la telepatía —dijo el «drok», de modo pensativo, y quedó callado unos segundos.

El profesor aprovechó la oportunidad para continuar:

—Por cierto, quisiera discutir contigo una cosa.

—¿Qué es ello?

Crandon señaló hacia Lyria, a su lado.

—La princesa —contestó—. Tenéis prisionero a su padre y a ella también la habéis apresado. Creo que nuestro mutuo entendimiento saldría ganando mucho si cesarais en vuestros provocativos actos, dejando de sojuzgar al pueblo de Grodda y libertándolos a los dos. Con ello ganaríais muchos...

El profesor se interrumpió súbitamente, dándose cuenta de algo raro. Los «droks» reían.

No lo hacían al modo humano, sino de otra forma, emitiendo unos guturales sonidos que en modo alguno podían asemejarse a una carcajada salida de una garganta humana. Pero era evidente que las palabras del profesor les habían causado una gran hilaridad y el «drok» que teníamos frente a nosotros no era el más circunspecto, en tal sentido.

—¿El padre de la princesa? —dijo al fin, cuando pudo articular palabra.

—Sí —replicó Crandon, un tanto molesto—. El Rey Uthos. ¿Qué es lo que pasa? ¿Dónde está?

El «drok» agitó uno de sus tentáculos, como si fuera una señal. Un momento después media docena de seres de tipo humano aparecían, empujados por otros tantos monstruos. Uno de ellos de noble aspecto, era de alguna más edad que los restantes, y apenas vio a la muchacha lanzó un agudo grito:

—¡Lyria!

—¡Padre! —le correspondió ella, alargando los brazos, pero un «drok» le cortó en seco todo movimiento.

Crandon lanzó un rugido y, sin fijarse siquiera en lo que hacía, intentó arrojarse sobre la bestia. Afortunadamente para él, conseguí sujetarlo, lo cual me costó más esfuerzos de lo que hubiera pensado. Al fin, debatiéndose, jurando y renegando, el profesor quedó a mi lado, en tanto que los recién llegados se detenían a pocos pasos de nosotros.

—Ahí tenéis al Rey Uthos —dijo el «drok» con un tonillo que no sé por

qué me pareció a mí tenía sus puntas y ribetes de irónico.

Mas, antes de que nadie pudiera pronunciar una sola palabra, el suelo tembló.

Esta vez supe al instante que no se trataba de un terremoto. El estruendo característico de una explosión de tipo químico, acaso dinamita, impactó con dureza en mis circuitos auditivos.

CAPÍTULO X

Cualquier cosa habríamos esperado ciertamente menos aquel estampido que sacudió fragorosamente con su tronar la enorme caverna de hielo. Las ondas sonoras fueron transmitidas por el suelo, que vibró de una manera tan clara como alarmante.

Antes de que nos repusiéramos de la impresión que el hecho nos había causado, escuchamos una segunda detonación, ésta aún más fuerte que la primera. Inmediatamente notamos algo muy raro, muy alarmante.

Lo lógico hubiera sido sentir en la cara el rebufo de los gases provocados por las explosiones. Pero, en lugar de ello, advertimos una fuerte corriente de aire que se dirigía hacia los transparentes muros que componían la esclusa de acceso a la caverna.

La explicación de todo aquello la tuve casi en el acto. Los ojos de Lyria se iluminaron súbitamente. Palmoteó, gritando:

—¡Son los nuestros! ¡Vienen a rescatarnos!

La corriente de aire se hizo más fuerte. Me di cuenta de que, si la cosa no se remediaba pronto, no tardaríamos en quedarnos sin aire para respirar, evadido por la brecha abierta por la dinamita o lo que fuera.

Los «droks» tampoco tardaron mucho en salir de su estupefacción. Lanzando agudísimos chillidos, que nos adolorían brutalmente los tímpanos, remontaron el vuelo, encaminándose hacia la esclusa. Vi al profesor tomar a Lyria protectoramente por el talle.

De improviso, se oyó un sonido extraño. Era un ruido como el de mil

fusiles disparando, no a un tiempo, sino uno tras otro, pero con un brevísimo intervalo entre cada estampido. Algo así como una máquina de coser.

—¡Ametralladoras! —exclamé, atónito, estupefacto, no creyendo qué hubiera gente capaz todavía de utilizar tan anticuado y antiestético artefacto;

Alargando el cuello, pude ver un pelotón de humanos que, equipados con trajes de vacío, penetraban por la brecha, venciendo la poderosa fuerza del aire que se escapaba, todos ellos armados y disparando sin cesar sus fusiles ametralladores. Los «droks» comenzaron a caer.

El ruido era incesante, atronador. Entre los estallidos de la pólvora y los gritos de los «droks», nuestros tímpanos, naturales y artificiales, estaban a punto de estallar. Entonces me di cuenta de una cosa.

Sorprendidos los «droks» por la irrupción de un enemigo con el cual no contaban, se habían lanzado todos al ataque, de un modo algo irracional, dejándonos solos. El padre de Lyria no desaprovechó la ocasión.

—¡Larguémonos de aquí! —gritó, dando el ejemplo, al mismo tiempo que tiraba de la mano de su hija.

Pero, de pronto, sin nada que lo causara, en apariencia, rodaron por el suelo. Trataron de aferrarse, pero no pudieron hallar ningún asidero en aquel liso pavimento.

El profesor intentó socorrerlos, pero él cayó a su vez. Eva y yo les seguimos, así como el resto de la cuadrilla. Era absolutamente imposible hacer ningún esfuerzo que nos librara del enorme poder de succión del aire que se escapaba.

En medio de la fenomenal barahúnda que había provocado el inesperado asalto a la guarida de los «droks», fuimos rodando, rebotando, arrastrándonos, hacia el punto álgido de la batalla. Algunos de los proyectiles, irreflexivamente disparados, comenzaron a rechinar en torno nuestro.

Por doquiera que se tendiera la vista, no se veían sino «droks» revoloteando velocísimamente, procurando esquivar los disparos que se les hacían, sobre el lugar desde donde los compatriotas de Lyria combatían. No veíamos nada, no podíamos verlo, pues bastante teníamos con tratar de retrasar en todo lo posible aquel fatídico avance que nos empujaba irremediablemente hacia el mortífero vacío

del exterior. Pero los «droks» continuaban siendo abatidos a manadas.

Súbitamente la corriente de aire cesó. No se detuvo en un sentido estricto, puesto que aún se percibía, pero su potencia perdió grados de un modo increíble. Ello nos permitió, magullados y doloridos, incorporarnos, a un centenar de metros del campo de batalla.

Me pregunté qué podía haber hecho cesar la salida del aire, pero lo supe al instante cuando vi un colosal montón de cadáveres de «droks» apilados en el punto donde el explosivo había abierto la brecha. Tantos «droks» habían muerto, que habían llegado a taponarla, aunque no de un modo tan efectivo como podría haberlo hecho un muro nuevo. El combate, no obstante, seguía encarnizado.

Pero, para nosotros, especialmente para los humanos que estaban con Eva y conmigo, el hecho de que se hubiera contenido la evasión del aire, resultaba altamente consolador. Poniéndonos todos en pie, intentamos a una huir de aquél infierno.

—¡Vamos, aprisa, aprisa! —nos estimuló el padre de Lyria, tirando de ella y del profesor, quien se había pegado a la muchacha como una lapa.

En aquel momento, vi algo que me aterrorizó. Un «drok» había conseguido atrapar a un humano entre sus tentáculos y lo había elevado a gran altura. Pero la fiera no lo había hecho bien, y el humano tenía las manos libres. El humano pudo disparar su arma y el «drok», se desplomó fulminado.

Pero me di cuenta de que ambos caían a plomo sobre el grupo del profesor. La mole del «drok» los aplastaría fácilmente, y ellos no se habían dado cuenta aún.

Salté en «plongeon» hacia ellos, hiriéndome los oídos el estridente alarido de agonía del hombre, derribándolos en confuso montón. Un segundo más tarde, un horrible ¡chap!, siniestro, estremecedor, golpeó duramente nuestros tímpanos. Debajo del destrozado cuerpo del monstruo empezaron a brotar varios arroyos de color escarlata.

Corrimos todos como locos, encaminándonos hacia otra de las entradas de la caverna, conducidos por el padre de Lyria, quien, al parecer, conocía muy bien todos aquellos recovecos. Uthos manejó los controles que ponían en funcionamiento el pesado muro, de la esclusa, y éste se deslizó a un lado, permitiéndonos el paso hacia la salvación.

Deliberadamente me quedé el último, para arrojar una mirada hacia el

lugar de la pelea. Había tendidos una infinidad de «droks» en el suelo, formando verdaderos montones, pero de sobra se advertía de qué lado se inclinaba la batalla.

Los disparos se iban espaciando cada vez más. Al fin, la masa de animales se desplomó sobre el último reducto de los humanos, aplastándolos tan sólo con su peso. Espeluznantes alaridos de victoria se elevaron por los aires, con frecuencias ultrasónicas.

—¡Kabé, estúpido! —me increpó el profesor—. ¿Qué haces ahí?

Pasé al otro lado del muro. Unos cuantos «droks», furiosos por haberse olvidado de nosotros, se abalanzaron sobre la esclusa, pero ésta resistió todos sus esfuerzos. Entretanto, Uthos nos proporcionó trajes de vacío que vestimos a toda prisa.

—¿Dónde nos lleva? —preguntó Crandon, en tanto se embutía en su escafandra.

—Tengo una esfera no muy lejos de aquí. Podremos largarnos a poca suerte que tengamos.

—¿Y los hombres que volaron la brecha?

—Mala suerte para ellos —repuso fríamente el rey de Grodda. Crandon lo miró con la boca abierta.

Pero no era el momento de andarse con reproches. Una vez equipados, el segundo muro se corrió a un lado, y salimos al gélido vacío exterior.

Siempre guiados por Uthos, corrimos como locos hacia el lugar en que él decía tener su esfera. Y no había mentido.

El artefacto se hallaba, apoyado en el suelo por un sólido trípode a modo de tren de aterrizaje, a menos de doscientos metros de la gran caverna. Nos zambullimos en la astronave de cabeza y ésta arrancó apenas se habían cerrado las compuertas; Se elevó en la negrura de la noche y partió con rumbo desconocido.

Pero nos equivocábamos de medio a medio, si nos creíamos salvados. Apenas una hora más tarde, tomábamos tierra en punto muy distante de la guarida de los «droks». Todos mirarnos interrogantes a Uthos.

—No podemos continuar volando en esta esfera —dijo—. La teníamos en reparación y su potencia es insuficiente para arrancamos de la gravitación de este planeta,

—¿Entonces? —preguntó el profesor.

Uthos sonrió.

—Querido terrestre —dijo—, Uthos es rey de Grodda precisamente porque no es tonto. No muy lejos de aquí tengo otra esfera, está completamente dispuesta y alistada para cualquier clase de viaje espacial. Y en otros lugares del planeta hay otras astronaves similares, pero con encontrar la que tenemos más próxima nos basta. ¡En marcha!

En tanto nos disponíamos a salir, oí comentarios acerca del aparato que acabábamos de abandonar, en los que se decía que no hubiera podido navegar ni un metro más. Sin embargo, lo importante es que nos habíamos salvado de los «droks», y esto bastaba para compensarnos de todo.

Caminamos pesadamente, pues el helado suelo estaba totalmente revuelto y tenía numerosas irregularidades que hacían dificultosísima nuestra marcha. Mientras tanto, yo iba «pensando» en todo cuanto nos había sucedido, y ello me impidió darme cuenta de un detalle hasta pasado un buen rato.

Cuando la terrible verdad penetró en mi mente, me quedé clavado en el suelo como si de repente me hubieran salido raíces en los pies.

Eva lo notó y giró su linda cabecita hacia mí.

—¿Qué te ocurre, Kabé? ¿Te has vuelto tonto o qué?

Meneé la cabeza vigorosamente, al mismo tiempo que hacía señas para que se aproximara. Intrigada, la muchacha abandonó por unos instantes el pelotón principal.

Desconecté la radio, de forma visible, y Eva comprendiendo al momento, hizo lo propio. Nuestras escafandras respectivas tomaron contacto. Así podíamos hablar sin ser escuchados de nadie que no fuera nosotros mismos.

—Eva —susurré—, ¿te has dado cuenta de dónde estamos?

Denegó con un leve movimiento de su cabeza. Mi índice apuntó verticalmente hacia el suelo.

—¡Debajo de nosotros está la «Santa Fe»! —dije, y la chica respingó súbitamente.

—¡No, Kabé!

—Sí, Eva, sí… ¡Fíjate! —exclamé de pronto.

A nuestra izquierda se divisaba una pálida claridad espectral, de azulado color, asomando siniestramente por una delgadísima grieta del hielo.

—¡Radiactividad!

—Eso es —asintió excitadamente Eva—. Debemos irnos pronto de aquí; quizá se produzca una explosión y…

No escuché más. Tomándola de la mano, eché a correr, arrastrándola literalmente, para dar alcance a los otros, cuyas siluetas se divisaban de un modo confuso a lo lejos.

Pero, antes de que lográramos alcanzarles, el horrible chillido de los «droks» volvió a percibirse. Mis circuitos rechinaron, estremeciéndose.

—Échate aquí —dije, ocultándonos tras un enorme bloque de hielo.

Asomamos la cabeza, sin embargo, para presenciar la escena que se desarrollaba a una veintena de metros de nosotros. Más allá, vislumbré la esférica masa de la astronave.

Conecté de nuevo la radio, en el preciso momento en que unos horribles alaridos se expandían a través de las ondas hertzianas. Un grupo de «droks», cargando contra la espacionave, acababa de volcarla en el suelo, impidiéndole el vuelo. Uthos, Lyria, Crandon, Wokan y los demás, cuatro o cinco, se quedaron paralizados, estáticos.

Una docena de monstruos los rodeó muy pronto. Puesto que no tenían armas, el intentar toda resistencia era inútil.

Divisé al jefe de los «droks», aquel ser de colosal aspecto, deteniéndose frente al rey Uthos, el cual temblaba como un azogado.

—Vais a morir todos. Vais a pagar todos vuestros crímenes de una vez.

Nadie se atrevió a contestar unas palabras que eran una literal sentencia de última pena. El «drok» continuó:

—Vinisteis aquí como amigos, y como amigos os enseñamos todo cuanto sabíamos. Aprendisteis a usar vuestros poderes mentales por medio de lo que llamasteis la telepatía, y hubierais aprendido de nosotros también el medio de viajar sin artefacto propulsor alguno. La

teleportación os hubiera sido tan conocida como la transmisión y el diálogo por medio de los cerebros, sin aparatos intermedios. Pero traicionasteis la confianza depositada en nosotros, y eso no tiene más que un castigo.

Una onda de helado silencio recorrió aquel fatídico lugar. Algunos de los humanos se hablan arrodillado y sollozaban, implorando perdón lastimeramente. Pero el «drok» se mostró inflexible:

—Si hubiéramos sabido que todo cuanto hacíais era para mejor atacar un planeta y haceros sus dueños, os hubiéramos exterminado mucho antes. Antes de que nos hubierais causado, así mismo, tan graves daños. Todos vuestros planes se han frustrado y todas vuestras ilusiones se han evaporado.

Tambaleándose como un beodo, Uthos dio unos pasos hacia él, extendiendo los brazos.

—¡Por favor! ¡Nosotros...!

—Sólo hay una persona que merezca vivir, porque es inocente de vuestros crímenes. Esa persona vivirá en tanto que vosotros...

Vi que Eva crispaba sus manos.

—¡Maldita Lyria! —masculló, y en aquel momento, un fuerte temblor sacudió la tierra.

Nos volvimos al instante. Una pálida llama azulada subió repentinamente a lo alto, acompañada de gruesos chorros de gases a elevadísimas presiones. Por puro instinto, salimos de nuestro refugio y echamos a correr.

—¡Huid, huid! —grité—. Se va a producir una explosión nuclear.

Al instante se produjo la desbandada. A menos de cien metros de nosotros el temblor de tierra aumentó en potencia. Era evidente que se estaban produciendo una serie de explosiones secundarias que acabarían desembocando en la principal, cuya insospechada potencia no podía predecirse en modo alguno.

Percibí claramente en el interior de mi cerebro una serie de excitados comentarios telepáticos de los «droks», que se entrecruzaban rapidísimamente. Llegaron casi a marearme.

De pronto, dos de aquellos seres se arrojaron sobre Eva y sobre mí,

tomándonos en sus brazos antes de que pudiéramos darnos cuenta. Otro cogió al profesor.

Ganaron altura raudamente. Crandon se debatió desesperadamente, al mismo tiempo que llamaba con loco frenesí a Lyria, cuya figura, así como la de sus compañeros desapareció rápidamente en las grises tinieblas que había bajo nosotros. Los gritos del profesor resonaron estruendosamente en mis auriculares.

Durante un tiempo que no puedo precisar, ganamos altura velocísimamente, huyendo del inminente cataclismo, hundiéndonos cada vez más en la opaca negrura del espacio. Súbitamente, un puñal de fuego rasgó la obscuridad.

La lanza de color naranja duró solamente un segundo, para ser substituida al instante por una colosal bola ardiente, cuyos feroces resplandores nos dañaron las pupilas. La bola incandescente, subió y subió, hirviente, burbujeante, despidiendo largos rayos de todos los colores en todas las direcciones. Era un infierno de fuego, debajo del cual nada podía vivir.

Unos minutos duró el siniestro y maravilloso espectáculo. Poco a poco, el fulgor de la terrorífica explosión fue disminuyendo, y al cabo de diez minutos era ya solamente un recuerdo en nuestra memoria. Crandon, totalmente resignado, había cesado de gritar.

* * *

—Es una lástima que siga usted gimiendo por Lyria, profesor —dijo Eva—. Lyria era una criminal y se tenía bien merecida la muerte que sufrió, así como el resto de sus compañeros.

Cuando Eva dijo esto, ya hacía días que vagábamos por el espacio en órbita libre, dirigiéndonos hacia la Tierra. A fin de cuentas, los «droks», al menos para nosotros, no habían resultado tan fieros; por el contrario, nos habían colmado de atenciones, proporcionándonos incluso una de las esferas que Uthos había dicho tener esparcidas por la superficie del Décimo Planeta.

Crandon no contestó. A una semana del desastre, todavía estaba bajo sus efectos y no parecía preocuparse por nada. Eva, implacable, continuó:

—Me lo dijo el rey de los «droks», profesor. Lyria y su banda no eran nobles ni cosa que se les pareciera. Ni siquiera eran de Grodda.

—¿Cómo dices? —inquirió Crandon, mostrando por primera vez interés en algo.

—Que todo eso que decían acerca de sus títulos, era pura fantasía. Que eran unos terrestres, vamos.

—¡Estás loca! ¡Tus válvulas…!

Eva sonrió enigmáticamente.

—Mis circuitos, a Dios gracias, funcionan estupendamente. Tenían convenido el presentarse así delante de los agentes, como nosotros, a quienes el Gobierno enviase a investigar, con el fin de aturdiros y ganar su confianza. Cualquier terrícola se hubiera sentido orgulloso de ser íntimo amigo de unas personas procedentes de otro planeta, y usted no iba a ser la excepción. Así, inconscientemente, usted y nosotros también, al principio, les ayudamos en sus siniestros planes.

—¡Mientes, Eva! ¿Qué planes eran esos?

—¿No se dio usted cuenta de lo que dijo el «drok» antes de la explosión de los motores de la «Santa Fe»? ¿Dónde está su espíritu observador, profesor?

Lentamente, la luz se fue haciendo en la mente de Crandon. Movió la cabeza horrorizado.

—No… no… Hubiera sido algo monstruoso, horrible…

—Sí, profesor, sí. ¿Qué le hubiera parecido el gobierno de la Tierra por una banda de desalmados gozando, de la facultad de leer en los cerebros de los demás? Hubieran instruido a unos cuantos millones de adictos suyos y, ¿qué habría pasado entonces? La vida se hubiera hecho imposible, sencillamente. Nadie se hubiera opuesto a sus fines, porque no le habría sido posible; le habrían leído el pensamiento antes de que hubiera tenido tiempo de hacer algo factible de derrocar la tiranía que pensaban instaurar. Lyria, Uthos… si éstos eran sus verdaderos nombres, que ahora no tiene importancia, se habrían adueñado, con sus secuaces, de nuestro globo. Y entonces sí que habrían podido utilizar, con motivo ya que no con justicia, los títulos de que alardeaban ante nosotros, solamente para asombrar a unos paletos predispuestos a la credulidad como usted… y como Kabé y yo.

Los ojos de Crandon iban de un lado para otro, sin acabar de comprender.

Por fin dijo:

—Pe... pero... ¿cómo entablaron contacto con los «droks»?

—Me lo contó su jefe, profesor. Uthos había sido, en tiempos, piloto espacial, y un buen día, extraviado, aterrizó en el Décimo Planeta, habitado por los «droks». Éstos, si no se les molesta, son buenos chicos, y entonces Uthos no estaba en situación de molestar a nadie. Por el contrario, dándose cuenta de las inmensas posibilidades que encerraba la amistad con los «droks», se ganó su confianza. Primero se trajo a Lyria y a unos cuantos íntimos; después, otro grupo más de ambiciosos, y así hasta reunir unos cuantos centenares que hubieran sido los «profesores» de quienes quisieran unirse a ellos. Y, la verdad, teniendo facultad de leer el pensamiento, ¿quién se resiste a tomar parte en un programa tan sugestivo como el que Uthos les presentaba?... ¡Uf! —continuó Eva, tras una breve pausa para tomar aliento—. Afortunadamente, todo se ha liquidado ya. Nos darán una medalla, habrá discursos...

—Si... ¡pero yo no tendré ya a Lyria! —barbotó, apretando los puños, el profesor.

Eva soltó una carcajada.

—Dé usted gracias a Dios de haberse librado de ella, profesor.

—¡Cállate!

Ella le desafió con la mirada.

—¡No me da la gana! El capitán soy yo, profesor.

—¡Tú no eres más que una máquina, un amasijo de hierro y plástico! Y ya estoy más que harto de ti —gritó, repentinamente enfurecido, mi patrón.

Parecía como si las palabras de Eva hubieran provocado la locura en su mente.

La muchacha seguía riendo, riendo como una posesa, desafiando a Crandon en las propias barbas de éste.

—¡Enamorarse de una impostora! ¡Qué ingenuo...!

Crandon ya no lo pudo resistir más. Alzó la mano.

—¡Jefe, jefe! —grité, abalanzándome presuroso hacia él.

Pero ya era tarde. Eva salió fuertemente despedida y cayó. Su cabeza chocó violentamente con la arista de uno de los paneles de instrumentos. Se oyó un sordo gemido.

Entonces ocurrió algo inesperado. Crandon arrepintiéndose de su gesto, se arrodilló al lado de la muchacha, tomándole la cabeza entre las manos.

De pronto, soltó un respingo, y luego una exclamación.

Se miró una de las manos estúpidamente, con los ojos extraviados. No acababa de comprender totalmente lo que ocurría.

¡El profesor tenía la mano manchada de sangre! ¡Y la sangre... procedía de la frente de Eva!

La miró, estúpidamente. Luego a mí, como un idiota. Así pasó un minuto largo.

De pronto, soltó una exclamación:

—¡Es una mujer! ¡ES UNA MUJER! ¡Es una mujer! ¡No es un "robot"!

—¡Ejem...! —carraspeé—. Patrón, no es preciso gritar tanto; ya le oigo. Sí, efectivamente, parece una mujer. Nosotros, las máquinas, no solemos sangrar.

Crandon volvió a mirar a Eva. Me di cuenta de que entonces comprendía todo: los celos de la chica, sus peleas, sus reproches...

—Y tú, cien mil veces maldito Kabé —me dijo severamente—, lo sabías, ¿eh?

Le guiñé un ojo.

—¡Hombre...! Pero ella mandaba aquí y me hizo callar.

—Tu jefe soy yo, saco de rodamientos a bolas. ¿Cómo te enteraste de ello?

—Pues... de varias maneras... sobre todo, cuando usted la encerró y yo tuve que ingeniármelas para que no falleciera por inanición, ¿entiende?

—Teníais que habérmelo dicho antes. Quizá —añadió pensativamente —, las cosas hubieran ido de otro modo.

—¿Quién sabe? ¿Acaso no le gusta este final de aventura? Guapa, hermosa, chiflada por usted…

Crandon volvió a mirarla, ahora con infinita dulzura. Entonces, Eva abrió los ojos.

Sonrió encantadoramente al verse en brazos de Crandon. Alargó los suyos, rodeando con ellos el cuello del profesor.

—¡Lars…! —susurró.

Mi jefe estaba atontado.

Me di cuenta de que se habían olvidado de mí. Silenciosamente, procurando no llamar su atención, retrocedí, cerrando luego, con una conejil sonrisita de satisfacción, la puerta de la cámara. Y es que, amigos, hay momentos en que hasta las máquinas como yo estorban.

Bien, pues aquí acaban mis memorias, porque lo que sucedió después, ya no es historia, sino vulgaridad corriente, por completo humana. Llegamos a la Tierra, y ellos se casaron y fueron felices y tuvieron muchos hijos y yo… yo, todo un señor «robot» de humanoide aspecto… ¡me convertí en niñera!

FIN

[1] Moneda universal adoptada por el Gobierno Central del Sistema a partir de los comienzos del siglo XXIV. (Nota de Kabé, la máquina.)